



VARIOS
LIBROS



PQ 7297
.R7
V3
C. 3



1080024125



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



Jesus V. Machuca
Encuadernador.
México
2^a del Reloj n. 3



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Alfonso...
Alfonso...
**FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ**
...del autor.

cc
R628va
Núm. Clas. _____
Núm. Autor **3512**
Núm. Adg. **6-**
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Asílo _____
Analogo _____



VARIOS

CUENTOS

DE

JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA

EDICION DE 60 EJEMPLARES

101588

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE
Bajos de S. Agustín n. 1

1882

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

3512

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

PQ 7297

. R7

V3



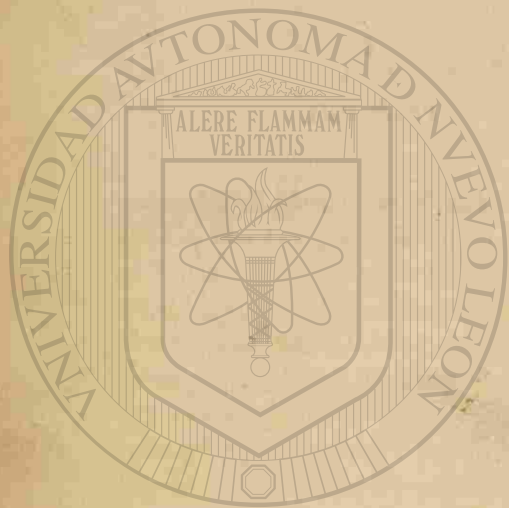
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

EL REY Y EL BUFON

Á IPANDRO ACAICO,

El Autor.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I

PRÓLOGO.

El esqueleto de este cuento ha sido exhumado de los libros ingleses de caballería del siglo XIII. El autor, más aficionado á las limpias y frescas pastas modernas que al polvo de los cronicones, halló el asunto en el "Curso de Literatura Francesa" de Villemain, quien descubre aquí el germen del estilo joco-serio que llaman humorístico los britanos; "que constituye —dice el mismo escritor francés— el principal mérito de Swift y de Sterne, y parece pertenecer á un pueblo ilustrado, que se ocupa en sus negocios y que se sirve del ingenio para aguzar el buen sentido y no para darle de mano."

Tal estilo, que distingue á Cárlos Dickens, el primer novelista hoy, no es, sin embargo, peculiar de los ingleses, puesto que le hallamos en Cervantes, el primer novelista de todos los tiempos; y en el género de literatura española que

003512

Lesage explotó y mejoró trasplantándole á Francia. Si suele no agradar á académicos graves y á críticos exigentes, halaga á toda la gente de buen humor. Mucho hay que decir en pró de la unidad de tono; pero su variedad ameniza y divierte, imita á la naturaleza, es trasunto de la vida humana, y, léjos de excluir, refuerza útiles enseñanzas. Las mejores frutas de otoño para mi paladar son las agridulces: si tú, lector, prefirere otras, cierra el libro. En todo caso, el prólogo de este cuento y de los que le siguen, tiene el mérito de ser corto, y de no referir vidas propias ni ajenas.

II

Vísperas sicilianas.

No se trata aquí de la degollacion de franceses, ni de vísperas en que haya habido la menor efusion de sangre.

Trátase de las vísperas celebradas en la catedral ó iglesia matriz de Siracusa, capital de la isla y del reino de Sicilia, el 23 de Junio de algun año de los siglos XI ó XII de la era cristiana, en honor y culto del Precursor San Juan Bautista.

Como aún no regía el principio de separacion

del Estado y la Iglesia, el Rey pudo asistir á tales vísperas sin conculcarle, y sin temor á las declamaciones de la imprenta, que no había sido inventada.

Recibido por los canónigos en el coro, como lugar de mayor distincion y honra, no debió de guardar en él la compostura que Felipe II siglos despues en el monasterio del Escorial, durante las vísperas de la festividad de Todos los Santos, cuando sus áulicos no se atrevieron á distraerle con futilidades como la noticia de la victoria de Lepanto.

Entretenido el soberano de Trinacria con el cálculo de las riquezas de su ínsula, llamada entónces el granero de Roma; ó recordando las hazañas y travesuras de los Dionisios ó de Rogerio el Normando, antecesores suyos; ó proyectando, á falta de ferrocarriles y telégrafos, remover y extraer las rocas de Scylla, cegar el abismo de Charibdis, ó apagar el fuego del Etna, cuyo azufre no podía contratar con los ingleses, vagaba su imaginacion en cosas extrañas á la ceremonia religiosa; ó se adormecía su espíritu con los versos de Teócrito, el compasado martillar de los cíclopes, los inútiles suspiros de Polifemo, los problemas de Arquímedes, ó quizá la dificultosa

digestion de algunas hojuelas endulzadas con miel hiblea; cuando le sacaron bruscamente de su divagacion ó letargo estas frases del *Magnificat* en el oficio de vísperas, recitadas con estentórea voz en el coro:

“Deposuit potentes de sede,
Et exáltavit humiles;”

ó sea, “Derribó de su asiento á los poderosos y elevó á los humildes.”

—¿Cómo se entiende? exclamó el Rey, extendiendo la diestra en ademán de suspender el oficio, y viendo con irritados ojos al cabildo.

Para que se comprenda la intensidad de la indignacion real, preciso es dar idea del monarca y de su carácter.

III

El Rey de Sicilia y su Bufon.

El Rey se llamaba Roberto y, además de jóven y hermoso, era fuerte entre los fuertes y valiente hasta la temeridad. En cuanto á dotes intelectuales, reunía á la viveza el espíritu de observacion y de estudio, amaba las artes, y se hallaba, como hoy decimos, á la altura de los conocimientos de su época. Voltaire, que llamó á

Federico de Prusia Salomon del Norte, habría llamado Salomon del Sur á Roberto de Sicilia si algo hubiera esperado de él. Era hermano del papa Urbano y del emperador de Alemania; sin que el cronista explique á cuál de los Urbanos ni á cuál de los emperadores se refiere. En lo doméstico le hacía feliz su esposa, bellísima descendiente de los colonos dóricos ó jónicos de Trinacria: y en lo público, sus ministros eran complacientes como los de ahora, y estaba exento de la formacion y discusion del presupuesto, y de la censura parlamentaria.

Pero la vida es lucha y milicia, como dice Job, y el hombre que carece de enemigos se los forja con el limo de sus propias pasiones. La paz y prosperidad de su Estado, el ejercicio de un poder sin contradicciones ni obstáculos, la conciencia del propio mérito y los homenajes y adulaciones de su corte, encendieron en el corazón y la mente del Rey la llama del orgullo y de la soberbia, que cunde y se extiende con mayor rapidez que incendio de selva en estío. Ni hubo ya consideraciones y alabanzas á su persona que no le parecieran debidas é insuficientes, ni prosperidad ajena que no le dañara. Empezando por creerse fuera del nivel de los hombres, acabó

por no reconocer superior en ningun orden de seres: y anticipándose y mejorando á Comte que sustituye á la Divinidad el Gran-*Todo* compuesto de la humanidad y áun de los animales irracionales útiles ó de buena conducta, irracionalmente hablando, se declaró á sí mismo lo único digno de la adoracion ajena y de la propia. Vió sucesivamente con lástima, desden, envidia y enojo la honradez y el saber de los nobles de su corte, y el poder y la riqueza de los demás soberanos, grandes y buenos amigos y parientes suyos; y por alguna de esas puerilidades no raras en quien se hace esclavo de la tal pasion del orgullo, vino á no hallar contentamiento en más compañía y trato que los de su bufon, Benito, que le adulaba y mordía á los demás para ganar honradamente el pan.

Era, despues de todo, hombre ménos malo que el Rey el Bufon; feo de encargo, de miras y conocimientos limitadísimos, y que si se burlaba de toda la corte, inclusive el monarca, lo mismo lisonjeando que zahiriendo por razon de su oficio, tenía gran fondo de humildad y se juzgaba el sér más desgraciado y despreciable de toda Sicilia. A los piés de Roberto se hallaba en el coro en las vísperas de San Juan Bautista; y

fué tal la indignacion que vió en el rostro de su amo al recitarse el pasaje del *Magnificat*:

“Deposuit potentes de sede,
Et exaltavit humiles,”

que, en vez de llenar sus obligaciones de costumbre remedando la actitud y la cólera de aquel nuevo Júpiter, temió él mismo sus rayos, escondió la cara entre las manos, y estuvo á punto de desear que se le tragara la tierra.

Tales eran y aparecían en aquel momento Roberto y Benito; ó sea el Rey de Sicilia y su Bufon.

IV

Continuacion y fin de las vísperas.—Cambio de papeles.

¿Qué pasó por la mente de Roberto al oír aquellos versículos? Algo como la forma tangible de un absurdo en el terreno de la verdad y de la lógica, y de una grave ofensa á la majestad real y á su persona.

—¿Cómo se entiende? repitió, con la diestra extendida para suspender el rezo de los canónigos.

El dean, hombre grave y reposado, aunque sorprendido del arrebato y la pregunta del Rey, le contestó con toda calma y claridad, que es tal

el poder de Dios, que en sólo un instante y á su arbitrio, abate lo más alto y eleva lo más bajo y rastrero. Más y más irritado con esta explicacion el Monarca, dijo que él podia destruir y había ya destruido á todos sus enemigos: que no había ni en la tierra ni sobre ella quien tuviera la facultad ni los medios de derribarle; y que, de consiguiente, lo que se acababa de leer y de cantar en el coro no pasaba de fábula, inconveniente é irrespetuosísima hácia el jefe del Estado, y nociva al Estado mismo por las extraviadas y peligrosas ideas que despertaría en los vasallos; en cuya virtud, quedaba solemnemente prohibida desde ese punto la repetición en aquel ó cualesquiera otros oficios eclesiásticos, de los consabidos versículos latinos, que tampoco podrían ser vertidos en romance sin delito de lesa-majestad. Dicho lo cual, volvió á divagar ó á dormirar el Rey, y continuaron las vísperas.

Aquí es donde, sobre todo, necesito apelar á la fe de mis lectores y apoyarme en la crónica inglesa. Segun ella y otras noticias é inducciones posteriores, por permisión y disposicion divina, los espíritus del Rey y del Bufon cambiaron mútua y respectivamente de cuerpo, quedando albergada el alma de Roberto en la fea y enojosa

cárcel material de Benito; y alojándose el alma de éste en la arrogante y suntuosa forma del soberano de Trinacria, y por ende en el trono y con derecho de horca y cuchillo respecto de todo siciliano: suceso sin precedente, que es muy dudoso que se haya repetido, y que, como es fácil suponer, se realizó sin protesta, ni conocimiento, ni simple sospecha de los canónigos, ni de los fieles de Siracusa, ni de los demás vasallos de la corona, ni de los grandes y buenos amigos y parientes de Roberto; si bien, como el corazon de la mujer es lo ménos susceptible de engañarse, la del antiguo Monarca, viendo algo de raro é inexplicable en el nuevo, acudió á tiempo á refugiarse á la sombra de su cuñado el papa, y se retrajo en un convento de Roma.

Para no anticipar noticias, diré que, terminadas las vísperas, Benito, á quien el esplendor de su nueva posicion tenia bien despierto, se retiró con sus ministros y cortesanos, no sin otorgar alguna merced á la iglesia y al cabildo; y Roberto, que se habia quedado dormido despues de su cólera, fué despertado por las llaves del sacristan y echado á deshora por el perrero. Llamó á la puerta del palacio; le abrieron; penetró con desenfado, ó, más bien, con enfado sumo en la

sala del trono, y como quiso despojar de él á Benito —que ya estaba allí bien hallado— y protestó ahorcarle en compañía de todos los personajes presentes, rióse de buena gana la corte y convino en que la sal y el chiste del Bufon cada vez eran mayores, y en que debía aumentársele el sueldo.

V

Primera época del reinado de Benito.

Pocas trasmisiones de poder habrá habido más pacíficas que ésta, lo cual fácilmente se comprenderá despues de lo expuesto.

Como el nuevo Rey entraba en posesion, no sólo de las prerogativas, sino tambien del físico y hábitos del antiguo, no tuvo que estudiar el modo de empuñar el cetro, de calarse la corona y de llevar con aire despejado el manto; y pudo consagrar toda su atencion y todo su tiempo á los altos y bajos asuntos públicos.

Se ha dicho ya que Benito era humilde en sumo grado, y de no malos sentimientos. Trató, pues, comedida y afablemente á grandes y pequeños; dispensó á su pueblo el bien de la justicia, que cada día escasea más; y, recordando

las angustias de su propia pobreza, bajó la tasa del pan y de la sal.

Incapaz, por lo limitado de sus conocimientos y aspiraciones, de comprender las ventajas ni los medios de cegar las fauces de Charibdis y de apagar el resuello al Etna, tuvo, sin embargo, el buen sentido de dejar que sus ministros siguieran hablando de la urgente necesidad de realizar esas grandes mejoras materiales, lo cual bastó á mantener contenta y satisfecha á la parte de la poblacion de Trinacria más ilustrada y ávida de progreso.

Para colmo de dichas, una invasion normanda, venida del continente italiano, fué rechazada. Benito, que no era hombre de armas, y que, para salvar la dignidad de la corona, permaneció en el pajar del palacio durante la gresca, salió despues de ella á arengar á sus tropas vencedoras y á perseguir á los vencidos; y tuvo la inesperada satisfaccion de ver su busto, coronado de laureles, en medallas de cobre como las acuñadas en honor de los emperadores romanos. Apellidáronle rayo de la guerra algunos poetas, y todo el parnaso local convino en que aquel siglo era el de Augusto para Sicilia.

VI

Penas y reflexiones de Roberto.

El brillantísimo estreno de Roberto en su segundo papel, no fué bastante á hacerle amar el nuevo oficio. Insistió en tener explicaciones con Benito y hasta quiso matarle. La corte aplaudía más y más la sublimidad del chiste; pero el Rey, que tenía sus razones para no gustar de él, privó al Bufon de espada, y en compensacion le hizo aplicar algunos latigazos. Estos y el hambre pusieron límite á las manifestaciones de la rabia de Roberto, quien llegó, por necesidad y convencimiento, á la más rara perfeccion en el arte de la bufonería.

Uno de sus tormentos más intensos nació de la observacion de que, no obstante la ignorancia y nulidad de Benito, nadie echaba de ménos en él las altas cualidades de su antecesor; cualidades que todos, al contrario, acaso por la fuerza de la costumbre y de las ideas preconcebidas, seguían contemplando y admirando hasta con creces en el Monarca actual. Lo que hallaba todavía más desesperante Roberto, era que el reino prosperaba en paz y riqueza y en la consideracion

de los demás pueblos. El papa Urbano y el emperador aleman se enorgullecían de su parentesco con el soberano de Trinacria, y le consultaban los más árdulos negocios. El reino siciliano era un reino modelo, que pesaba más que otro alguno en la balanza europea.

El respeto y los aplausos tributados ántes á Roberto ¿lo fueron á sus propias prendas de hombre privado y público; ó á lo alto de su posicion, y á la posesion del poder, que infunde temores y amamanta esperanzas en todos?

¿Hay una Providencia que se complace en escoger los instrumentos más humildes para sus más vastas obras, y en enderezar al acierto y al bien de la comunidad el gobierno de gentes que no saben leer ni escribir?

Tales llegaron á ser para Roberto, andando el tiempo, los principales temas de sus reflexiones; sombra y figura del sistema hidropático, y que, empezando por enfriar su soberbia y calmar su desesperacion, acabaron por hacerle aceptar su bajo y despreciable oficio como justa expiacion de sus errores y desvaríos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VII

Segunda y última época del reinado de Benito.

El antiguo Bufon, que tan excelentes dotes de gobernante había mostrado al principio, no pudo; al cabo, salir airoso de la terrible prueba de la prosperidad y de la grandeza.

Hízose flojo y holgazán, y amante de placeres vedados; y para no tener que administrar justicia, instituyó una especie de jurados que solían dejar impune el crimen.

Hízose avaro, y no bastándole los tributos antiguos, decretó una contribucion parecida á la del Timbre, haciendo aplicar obleas con la estampada figura de un ogro, en representacion del erario, al pan con que se alimentaban sus fieles vasallos.

Pero, sobre todo, se hizo orgulloso y soberbio; se olvidó por completo de su antigua bajísima condicion, ó llegó á creer que había sido sueño y pesadilla; vió con desprecio á grandes y chicos; sintióse lastimado de todo bien y contento ajeno; muy encima de las consideraciones y alabanzas que se le tributaban; fuera del más alto nivel de los hombres; sin superior en la tier-

ra ni en otras partes, y único objeto digno de la adoracion del mundo y de sí mismo.

Sin personalidades ni indirectas se podría decir que el caso era eminentemente bufo.

VIII

Nuevas vísperas.

Tal era el estado de las cosas, ó, más bien, de las personas, puesto que del Rey y del Bufon se trata, cuando un nuevo 23 de Junio hizo acudir á entrambos á las solemnes vísperas de San Juan Bautista en la catedral de Siracusa.

Pensaban el Rey en sus truhanerías y el Bufon en sus penas, cuando los canónigos, intimidados con el recuerdo de lo acaecido el año anterior y juzgando que, en conciencia, no podían alterar el texto del oficio, recitaron en voz baja y poco inteligible aquello de

“Deposuit potentes de sede,
Et exaltavit humiles.”

—¿Qué significa eso? preguntó Benito, que no sabía latin, y á quien alguna siniestra inspiracion ó vaga memoria hizo maliciar el contenido de los versículos.

—Significa que Dios abate á los poderosos y exalta á los humildes, contestó el dean; no sin apañar su breviario á guisa de escudo, al ver la alta indignacion aparecida en el rostro y los ademanes del Monarca.

—No pasa de conseja lo que rezais, continuó éste. No hay en tierra ni cielo quien pueda abtir al Rey de Sicilia, vencedor de la invasion normanda y consejero de los soberanos de Europa.

Observa aquí la crónica que Benito, por inspiracion y movimiento propios y espontáneos, volvió á su papel y oficio de Bufon en el punto en que ahora remedó las frases y ademanes de Roberto en las vísperas anteriores.

Recobrando el mismo Benito su antigua condicion y su antiguo cuerpo, el verdadero Rey volvió á juntarse con el suyo; y se agrega, redundantemente á mi juicio, que estaba muy aprovechado de la leccion, y sin riesgo de olvidarla.

IX

CONCLUSION.

Esta segunda trasmision de poder pasó tan inadvertida como la primera.

La gente, que comenzaba á murmurar y á ra-

biar con los desmanes de Benito, se calmó y contentó, y reanudó el coro de sus alabanzas á Roberto, á quien nada había que pedir en el desempeño de su alto encargo.

No obstante ello, esa misma gente, fastidiada al cabo de algunos meses, del exceso de paz y prosperidad, y deseosa de emociones y cambios, fué á agruparse en torno de la bandera comunista que el Bufon, mal hallado con su segundo cambio y creyéndose indebida é indignamente despojado de la púrpura real, acababa de levantar en las asperezas del Mongibelo, prometiendo, entre otras reformas, la abolicion de la especie de Timbre que él mismo había decretado.

Roberto allegó sus tropas, marchó con ellas contra Benito, y en un abrir y cerrar de ojos le derrotó y ahorcó.

Y aquí termina la historia del Bufon que nunca dejó de serlo.

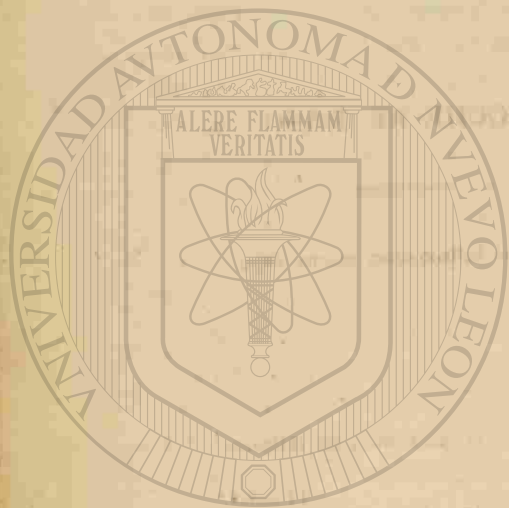
La gente que le seguía, al verse vencida y deshecha, empezó á maliciar su propio error, y acabó por declararse partidaria de Roberto, ganarle sueldo, y proclamarle el mejor de los reyes en el mejor de los pueblos sábiamente gobernados.

Ni esto, ni la experiencia que habia práctica-

mente adquirido Roberto en sus días de expiación, cooperaron á hacerle formar de la especie humana en general, y de las dulzuras, ventajas y eficacia del poder, mejor idea que la que ya tenía en mientes. Había visto que los vasallos son carneros ó tigres de quienes no es fácil sacar partido; y que el monarca más celoso y justiciero no puede remediar, ni conocer, ni sospechar siquiera los abusos y los padecimientos de que son víctima los súbditos. Al recobrar Roberto la humildad y la bondad, y al ganar en saber y experiencia, se había inutilizado para el mando. ¡Cosas de este mundo y de nosotros los hombres! Contra el dictámen de los más notables de Sicilia, y de acuerdo con sus hermanos el emperador y el papa, convocó en Siracusa córtes, y ante ellas se despojó de la corona y la puso en las sienes de un sobrino más ó ménos listo ó negado; yéndose él en seguida al campo, á plantar vides y á fundar y curar colmenas, y á amar á su mujer, y á filosofar á sus anchas, sin temor de aduladores, ni de asesinos, ni de pretendientes de empleo, y aconsejando á los demás sicilianos, ya sus iguales, que se conformaran con lo que Dios da, y no pidieran gollerías á los gobernantes.

¡Con qué vicio se dieron las uvas, y qué copia de miel hiblea, verdaderamente garantizada, se juntó en la heredad de Roberto! ¡Cómo le proporcionaron las unas el generoso vino que alegra y conforta la vejez; y le hizo la otra más sabrosas las hojuelas á que siempre fué tan aficionado! ¡Qué amante y hermosa era la griega, siempre jóven, sin albayaide ni postizos, ni melindres de sensible, ni presunciones de erudita! ¡Cómo alegraban la vista de los esposos, en bellísimas lontananzas y bajo un cielo siempre sereno y despejado, los valles y montañas de Trinacria y las azules y espumosas ondas del Mediterráneo! ¡Cuán bien les arrullaban el sueño los rugidos del Charibdis y el Etna que no había ya necesidad de cegar y apagar! Pero, si yo siguiera hablando de paz y bienestar y satisfacciones campestres, se trocaría en idilio mi cuento. Doile punto, agregando, con referencia á la tradición, que aquí termina la historia del Rey que se hizo bueno y no sirvió ya para rey.





NOCHE AL RASO

(Manuscrito hallado entre papeles viejos.)

AL CONDE DE BASSOCO,
El Autor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



NOCHE AL RASO.

(MANUSCRITO HALLADO ENTRE PAPELES VIEJOS.)

I

CUANDO aún no había caminos de hierro entre nosotros, ni eran fáciles los medios de transporte, y el invento de Fulton solía verse anunciado como si dijéramos en figura, por un par de bueyes soñolientos que más de una vez reemplazaron á los cansados troncos de mulas en el tiro de carruajes; allá por los años de 1840, para acabar con esta perifrasis, venía de Orizaba á Puebla, con todo y la polvienta funda de manta de rigor, un coche ocupado por los siguientes personajes:

Un procurador ó agente de negocios, de enjuto y avinagrado rostro, de traje negro y algo mugriento, y cuyo desaliño se sintetizaba, digámoslo así, en las enlutadas y largas uñas, parte

integrante de los utensilios de su profesion; y que chocaban entónces, por no verse, como ahora, en las manos de los más atildados mancebos, y aún de las más bellas damas.

Un militar retirado, con una pierna de ménos, y muletas y dos ó tres cicatrices de más; de los que en tiempo de la insurreccion se batieron al lado de Rossains, ó acompañaron en la cueva tradicional á D. Guadalupe Victoria fomentándole sus sueños de dicha doméstica y patriótica, cifrados, segun lenguas mordaces, en casarse con una india de Guatemala, y ser uno y otra coronados rey y reina de América, como entónces se decía.

Un aficionado á la pintura, que desde su juventud había sido almonedero en México, en la calle de la Canoa.

Por último, un hacendado actual, boticario retirado del oficio, con buenos pesos extraídos de la zarzaparrilla y la borraja; cuyo aspecto hacía recordar el ruibarbo, y cuya levita parecía haber probado muchos años atrás todos los ungüentos de la farmacia.

Estos hombres que, probablemente, nunca se habían visto al dar principio al viaje, ocupaban el interior del vehículo, cuya caja, por lo peque-

ña con relacion á varas, sopandas y ruedas, recordaba exactamente el cuerpo de una araña de las que llaman zancudas, y cuyo nombre técnico omito por ignorarle. Como caminaban contando con un solo tiro de mulas, eran cortísimas sus jornadas. La del dia á que me contraigo debía ser rendida en Puebla. Anochecía ya en el punto intermedio de Amozoc y de la expresada ciudad, cuando el coche —que es fama, trajo á Marquina á México cuando vino de virey— dió un salto en una de las ramblas pequeñas formadas en el camino por las lluvias, y se desarmó casi por completo, rompiéndose á un tiempo mismo, no sé por qué efecto mecánico, lanza, sopandas y caja, y quedando todo ello en estado poco ménos que inservible.

Descendiendo al suelo con más prisa y ménos compostura de lo que habrían deseado, el militar, el procurador, el farmacéutico y el almonedero, se hallaron en la poco envidiable aptitud de contemplar á todo su sabor, sobre aquel monton de apolilladas ruinas, el brillo de todas las constelaciones del cielo en una noche de Diciembre, de aquellas que por lo frías hielan las narices y dificultan la respiracion. Componer y volver á armar el coche, no era posible carecién-

dose de carroceros y de instrumentos á propósito; y tomar á pié el camino hasta Puebla, no halagaba á aquel cuaterno de cotorrones más ó ménos atacados de reumatismo; máxime previendo que al llegar á la garita la habrian de hallar cerrada, exponiéndose á ser tratados como gente sospechosa. Decidiéronse, pues, á esperar el paso de algun otro vehículo, y en último caso el dia, cuya luz es consuelo de apenados, y cuyas brisas matinales traen á la cabeza ideas frescas y acertadas resoluciones.

Tomada la que acabo de indicar, entraron los ánimos en alguna tranquilidad, como sucede siempre en casos análogos; y los viajeros, comenzando por reirse del enojo y las maldiciones del cochero y del sota, acabaron por hacerse mutuamente más comunicativos y procurarse distraccion, cada uno segun el giro de sus inclinaciones y costumbres. El almonedero se acercó insintivamente á recoger y examinar algunas piezas del finado coche, hallando que solo habian quedado ilesos los picaportes de las portezuelas, que, sin querer, avaluó y tasó allá en sus adentros. El boticario, que habia sacado del golpe un brazo maltrecho, se aplicó una cataplasma de lodo, figurándose que le vendía por triaca á

alguno de sus antiguos marchantes. El procurador revolvía en su cabeza leyes y prácticas forrenses, con el firme intento de demandar judicialmente por daños y perjuicios, en llegando á Puebla, al dueño del coche; si bien vino á contrariar en cierto modo sus planes, por importar la pérdida del derecho propio y hasta flagrante responsabilidad de perjuicio ajeno, el atolondramiento del militar, que figurándose á la cabeza de su compañía y en tiempo de guerra y de ocupaciones y despojos en nombre del servicio público y sin prévia indemnizacion, como el frío apretara por una parte y él necesitara por otra descargar en alguién su mal humor, juntó los palitroques del deshecho carruaje, hizo con ellos una buena lumbrada, y acalló á golpes las reclamaciones del cochero, que poniendo desde luego el grito en las nubes, acabó por resignarse, como que, al fin, solo se trataba de los intereses de su amo, y por sentarse en union de los pasajeros en torno de la hoguera así improvisada, y cuyos reflejos hacian aparecer distintamente en los semblantes la estupidez del auriga, la franqueza y brusquedad del capitan, la indiferencia del almonedero, la avaricia del fabricante de purgas, y la natural y reconcentrada

malicia y el instinto rapaz del representante de las leyes.

Una carcajada homérica del militar vino á interrumpir el general silencio, solo alternado con las coces de las mulas que ni se calentaban ni veían por allí pesebre. A la verdad, señores, —dijo— representamos una escena casi patriarcal, y que me sería hasta agradable si á esta botella de refino, compañera mia en todos mis viajes, pudiera agregar el cabrito de los israelitas, ó siquiera los buñuelos de los pastores de Belem, ó hasta, en último caso, un cuarto trasero de la burra de Balam bien asado. Pero, fálto de tales elementos de conservacion y mejora del cuerpo y de esparcimiento del ánimo, héme contentado con comer prójimo mentalmente, riéndome en mi interior de las figuras de Ustedes (movimiento de extrañeza y enojo en el concurso) y de la espontaneidad con que todos, en un caso dado, obramos con arreglo á nuestros hábitos y propensiones, sin advertirlo. Antes que el despotismo y la violencia, inseparables de este mutilado servidor de la nacion, que comenzó por amarrar en Tehuacán á los miembros del congreso de Chilpancingo, y ha acabado por hacer inútiles reverencias á ministros de Hacienda y tesoreros, en so-

licitud de alcances que están en el palo ensebado con que nos hemos de divertir el dia del juicio; ántes, digo, que mi capricho y brutalidad convirtieran en fogata los restos de la apollada cucaracha que con nombre y humos de coche nos trajo al triste estado en que nos vemos, y pusiesen mano airada en el mofetudo rostro de este honrado aunque estúpido muletero, á quien pido me excuse la necesidad de reincidencia, pardiez que no se me habian ocultado ni las pesquisas y los cálculos de este señor que, segun nos ha dicho, tuvo ó tiene almoneda; ni la maestría con que se vendó el adolorido brazo el farmacéutico; ni las señales de estar revolviendo proyectos de multas é indemnizaciones, que aparecieron en la torva frente del compañero procurador; ave de presa detenida en su vuelo, cuando acaso tenía que asistir á embargo ó despojo; comida sabrosísima para los de su oficio.

Y puesto que la casualidad ó Satanás han tenido la humorada de reunirnos aquí á campo raso y sin víveres ni quehacer, á individuos de caracteres y profesiones tan diferentes, con la perspectiva de una noche verdaderamente infernal, en que, dado caso que fuera posible dormir, lo sería que sirviéramos de cena á los coyo-

tes, ¿no habría más cordura en echar todo á broma, perder el encogimiento y la reserva reinantes entre personas que de ayer acá se han conocido, y que cada uno cante, ria ó hable sin ceremonia, refiriendo, si gusta, alguna ó algunas de sus propias aventuras, ó de las ajenas de que tenga noticia, y que suelen ser más sabrosas de contar? Y como llevo media hora de hacer uso de la palabra, para evitar toda extrañeza debo advertir á Ustedes que casi no la he cortado desde que salí de la cueva en que acompañé al general Victoria. Tal efecto causó en mi lengua, ántes callada de suyo, el silencio que por espacio de meses y áun de años tuvo que guardar, careciendo de tercera persona con quien comunicarse, y no siéndole posible interrumpir las abstracciones del jefe, que de dia ideaba un plan de reconstrucción social y política del país, y de noche soñaba con cierta beldad de Guatemala ó del Soconusco, á quien nunca llegamos ni él ni yo á conocer. Así, pues, compañeros, rienda suelta al buen ó mal humor, y charlen Ustedes alternando conmigo, ó al mismo tiempo que yo, para matar el tiempo, en tanto que este animal (hablo del cochero), si no quiere que yo le vuelva á medir las costillas, se pone en atalaya, por si

viniere por esos caminos de Dios, coche ó carreta que podamos aprovechar, ó hasta un hatajillo de asnos que, en último caso, embargáramos sin ceremonia, pues el servicio público es ante todo. Y cuénta que á estas horas y en este desierto, sería yo capaz de encomendarme al santo más famoso del contorno, si tuviera esperanzas de que me oyese; y reputaría verdadero milagro suyo el que se nos deparara modo de no ver desde aquí salir el sol, cosechando nosotros una ó más pulmonías.

Un acceso de tos interrumpió aquí al militar; y aprovechando la interrupción, el procurador, como hablando consigo mismo, exclamó con gesto sardónico: "Milagro y muy milagro sería ello; pero de estos tan patentes, solo el Cristo del Licenciado Retortillo los hacía.

—Explíquenos el señor procurador, si gusta, qué Cristo era ese, —interrumpió el almonedero, — que al cabo nada nos corre prisa, y algun tiempo mataremos oyéndole.

Y, como los demás circunstantes manifestaran igual deseo, el procurador limpióse el pecho, cual si fuera á cantar, y sin fijar la vista en nadie para no comprometerse, habló en estos términos:

II

El Crucifijo milagroso.

Todo el mundo, al menos el forense —y hablo en términos de mi profesion— ha conocido en México al señor Licenciado Retortillo, muerto hace pocos años de resultas de una enfermedad crónica que le sobrevino de un aire colado, estando caliente Su Merced, despues de un informe en estrados.

Educado en la escuela de los Bataller y Gamboa, y dotado de inteligencia, viveza y malicia no comunes, llamó muy presto la atención general, y amén de recibirse de las agencias y sindicaturas de no pocas cofradías, tuvo á su cargo los negocios judiciales de las casas de comercio más importantes de la capital y de fuera de ella, no admitiendo jamás empleo público alguno. Con el trascurso del tiempo y el incremento de su fama, multiplicáronsele las ocupaciones de tal manera, que su estudio, por lo numeroso y polviento de los legajos y expedientes aglomerados

en estantes, mesas y sillas, parecia oficio de escribano, regocijando la vista y el corazon de la gente de curia que olfateaba allí el gérmen de demandas y litigios interminables. Y aunque el Licenciado trabajaba más cada día, con riesgo de su salud, y hasta bajo su nombre y responsabilidad ocupaba á otros abogados que le despachaban los negocios más fáciles de arreglo; como seguíanle cayendo en progresion mayor los de todo género, acabó por atascarse entre aquellos montones de papel, poniendo á prueba la paciencia de herederos y litigantes, y dándosele un camino sus hablillas y murmuraciones. Riquísimo estaba ya; y los humos de la riqueza y los dolores del reumatismo habian ido agriando su carácter, que nunca tuvo fama de dulce, especialmente en el desempeño de su profesion en que era excéntrico y claridoso, como decian en presencia suya sus amigos, ó como aseguraban en su ausencia sus émulos, un hombre verdaderamente malcriado.

Recuerdo su estatura, su fisonomía, su traje y sus modales, cierta mañana del otoño de 1835, en que le ví por última vez, acudiendo yo á su estudio en representacion de unos herederos con beneficio de inventario, que murieron sin llegar

á ver arreglada la testamentaria respectiva. Fri-
saba ya en los sesenta mi hombre, y, sin ser alto
ni bajo, tenia por cuerpo un verdadero costal
en que la naturaleza parecia haberse complacido
en vaciar á ciegas la carne y los huesos, sin dar
á una ni á otros la debida colocacion. De tez
aceitinada que contrastaba con lo cano del ca-
bello, corto y levantado de todas partes como si
el espanto le erizara; de ojos vivos y malignos
aunque algo encapotados; de nariz á la Cárlos III
—que la tuvo más larga que Cárlos IV, por más
que la fama haya favorecido á éste con daño de
aquel—y de excesivamente bello labio, que quan-
do se apartaba del superior dejaba ver hasta cua-
tro piezas entre dientes y colmillos, moviéndose
dócilmente al impulso de la lengua, tenia tem-
blosos el pulso y la voz; metidos ambos piés en
sendas bolsas ó fundas de paño negro con nom-
bre de zapatos, y la mayor parte del cuerpo en
un leviton de bayeta, del corte de los que llama-
ban *redingotes* en nuestro tiempo.

Tal era la estampa del señor Licenciado Re-
tortillo aquella mañana en que, sin duda, la di-
gestion del chocolate habia sido penosa, pues
no disimulaba el viejo su mal humor, del cual
era signo inequívoco para los que le tratábamos

el echar pestes contra los clientes que se difun-
dian en la explicacion ó consulta de sus nego-
cios, ó contra las visitas que sin objeto alguno
iban á quitarle el tiempo, y cuya conversacion
suele ser una verdadera calamidad para las per-
sonas ocupadas.

Olvidaba decir á ustedes que el Licenciado,
hombre íntegro y religioso á pesar de su malicia
y aspereza, tenia en su estudio, en una de las
paredes, precisamente enfrente de su bufete y
bajo un doselillo de damasco rojo con candelabros
de plata, un Crucifijo de madera que él
apreciaba mucho, escultura de Cora, y cuya
mansedumbre y benignidad, hábilmente repre-
sentadas por el artífice, formaban más de una
vez contraste con el ceño y la iracundia de Re-
tortillo. A pesar de lo expuesto, es indudable
que nuestro hombre tenia cariño y devocion á
la imágen: solíasele sorprender con los ojos fijos
en ella cuando algun cliente le molestaba con la
relacion de las enfermedades de todos y cada uno
de los individuos de su familia, ó cuando algun
enviado de la parte contraria trataba de amedren-
tarle ó de sobornar su lealtad; y hasta habia lle-
gado alguna vez á decirme en un arranque de
confianza: “Rascon, esta imágen es milagrosa,

y no extrañaría yo ni que llegaras á ser hombre de bien si te encomendaras á ella."

En la mañana á que me refiero, estaba sumamente atareado Retortillo con el despacho de un expediente en que se interesaba alguno de los más altos personajes políticos de aquel tiempo. Había despedido el Licenciado á todos sus clientes, citándolos para otro día, por tener que ocuparse de preferencia y con urgencia en el consabido negocio, y deteniéndome á mí para que llevase al tribunal el escrito que nos disponíamos él á redactar y yo á escribir. Lista hallábase en la mesa la blanca foja sellada para el bienio corriente, y mojada en tinta y aproximada al papel mi pluma, y el abogado se rascaba una oreja para empezar á dictarme, cuando oímos pasos en el corredor; pero en la confianza de que había dado orden al portero de que á nadie dejara subir, no se alarmó Retortillo; y precisamente acabando de emitir la fórmula "como más haya lugar en derecho," y cuando su labio inferior llegaba casi á la forma y las dimensiones de un hongo de los más venenosos, apareció en el umbral de la puerta del estudio, sombrero en mano, camisa y polvero limpios, la sonrisa de la jovialidad en los labios y el come-

dimiento y la urbanidad en todos los ademanes, dando "santos y felices días," un honradísimo hacendado del rumbo de Chalma, llamado Don Canuto Bobadilla, que había venido á México á pasar Todos Santos y Muertos, y que á título de pariente de una cuñada de la difunta esposa del Licenciado, no había creído compatible con la observancia de las reglas de buena crianza en que fué educado, regresar á sus paninos sin hacer una visita á Retortillo; en primer lugar para tener la imponderable satisfacción de conocer á un abogado cuya fama se extendía casi tanto como la del santuario de sus rumbos; en segundo lugar, para darle sucinta noticia de su posición y familia, y pedírsela acerca del médico más á propósito para curarle de un mal de piedra que él, equivocadamente sin duda, suponía radicado en el canal de la uretra, debiendo estarlo, según todas las apariencias, en la cabeza; y en tercero y último lugar, para ofrecerle su persona y bienes presentes y futuros, como su más respetuoso, afecto y rendido servidor que le deseaba permanente salud y le besaba entrambas manos.

Y aquel buitre bajo la forma de palomino, darse por satisfecho con explicación tan difusa, refirió al Licenciado cómo había forzado la cen-

3512

signa dada al portero, quien procuró detenerle á tiempo en el patio, y solo franqueó el paso ante el aire de severidad y la mirada de proteccion con que el payo le dijo ser de la familia. Maldiciendo en sus adentros al visitante y al portero, y significando en vano á D. Canuto con ademanes de inquietud y con medias palabras lo muy ocupado que estaba, y su deseo de que terminara cuanto ántes la visita, Retortillo fijaba de cuando en cuando sus ojos verde-alfalfa en el Crucifijo, y hasta movia los labios como si orase, en tanto que Bobadilla seguía hablando del frio y del calor, de las últimas elecciones municipales de Chalma, y del *chahuixtle* recién caído á sus sementeras.

Repentinamente y como si Retortillo no hubiese podido resistir más tiempo á los impulsos de su devocion, levantóse del bufete dejando al payo con la palabra en la boca, y fué á arrodillarse á los piés del Crucifijo, cruzando desde luego los brazos é inclinando la cabeza sobre el pecho, y levantando en seguida el rostro y la diestra hácia la sagrada imágen, como si encarecidamente le pidiera alguna merced. Curiosa era la figura del señor Licenciado, que, á guisa de rey de baraja, se destacaba sobre el fondo lu-

tontera (Antigas)

minoso de un rayo de sol que penetraba en el aposento. Bobadilla, al ver la accion de Retortillo, manifestó extrañeza; pero, imaginándose á poco que el anciano era hombre profundamente piadoso, revistió su semblante con aire de respeto y simpatía, guardando cabal silencio, llevando alternativamente sus ojos del suplicante á la imágen, y hasta pareciendo asociarse por medio de la oracion mental, á la plegaria del Licenciado.

Éste se santiguó una, dos y tres veces; púsose en pié, y se dirigió al bufete reocupando su asiento y restregándose las manos como en señal de satisfaccion y de confianza.

—¡Hermoso Cristo! dijo el payo, queriendo reanudar la interrumpida conversacion.

—¡Y tan milagroso! exclamó Retortillo.

—¿Conque es milagrosa esta sagrada imágen?

—Usted ya á ser juez de su virtud de hacer milagros. Estando yo sumamente ocupado, y siéndome excesivamente molesta á causa de ello la visita de Usted, acabo de pedir á ese Cristo que toque á Usted el corazon para que se vaya y me deje libre; y no tardamos en ver que ha sido oída y obsequiada mi peticion.

Por grande que fuese la dosis de tontera y

candor del payo, no se le oscureció la bellaquería del Licenciado, y poniéndose de siete colores, se levantó y despidió mortificadísimo, dando disculpas á Retortillo, y tropezones con tapetes y escupideras.

—¡Ya Usted ve si la imagen es milagrosa! observó el Licenciado estrechándole por última vez la mano en la puerta del estudio; y volviendo á su bufete, y siguiendo la frase pendiente, aún ántes de sentarse, dictó: "...y salvas las protestas oportunas, ante Usía, con el respeto debido, expongo."

Preocupado yo con lo que acababa de presenciar, en vez de escribir la frase, dí rienda suelta, no sin estrépito y contorsiones, á la risa que me hormigueaba en el cuerpo. Retortillo me vió con aire grave y me dijo en tono sentencioso: "Milagros de este linaje se obran, á Dios rogando y con el mazo dando."

Recordé estas palabras al oír las últimas del capitán, y creo que el milagro que él desea, sería de fácil realización, si alguno de nosotros poseyera la viveza, la travesura y la resolución del Licenciado Retortillo para hallar expedientes en lances tan apurados como éste en que nos vemos.

III

La docena de sillas para igualar.

Los oyentes hallaron demasiado largo el cuento del procurador, tratándose de tan sencillo suceso; y el farmacéutico, que era inclinado á la contradicción, dijo:

—No; pues lo que es en materia de viveza y travesura, yo habría proporcionado al Licenciado Retortillo la horma de su zapato en la persona de un D. Roque, de célebre memoria; si bien éste solía emplear aquellas dotes en términos mucho ménos ajustados al Decálogo.

Don Roque había sido comerciante en San Luis Potosí, con bienes propios considerables y casi ilimitado crédito; pero el robo de unos cargamentos de mercancías suyas durante la guerra de insurrección, le atrasó de tal modo, que dió punto á sus negocios entregando á sus acreedores el dinero y los efectos existentes, y hasta las alhajas de su mujer; pues decía, y con justicia, que usarlas ella cuando su marido aun de-

candor del payo, no se le oscureció la bellaquería del Licenciado, y poniéndose de siete colores, se levantó y despidió mortificadísimo, dando disculpas á Retortillo, y tropezones con tapetes y escupideras.

—¡Ya Usted ve si la imagen es milagrosa! observó el Licenciado estrechándole por última vez la mano en la puerta del estudio; y volviendo á su bufete, y siguiendo la frase pendiente, aún ántes de sentarse, dictó: "...y salvas las protestas oportunas, ante Usía, con el respeto debido, expongo."

Preocupado yo con lo que acababa de presenciar, en vez de escribir la frase, dí rienda suelta, no sin estrépito y contorsiones, á la risa que me hormigueaba en el cuerpo. Retortillo me vió con aire grave y me dijo en tono sentencioso: "Milagros de este linaje se obran, á Dios rogando y con el mazo dando."

Recordé estas palabras al oír las últimas del capitán, y creo que el milagro que él desea, sería de fácil realización, si alguno de nosotros poseyera la viveza, la travesura y la resolución del Licenciado Retortillo para hallar expedientes en lances tan apurados como éste en que nos vemos.

III

La docena de sillas para igualar.

Los oyentes hallaron demasiado largo el cuento del procurador, tratándose de tan sencillo suceso; y el farmacéutico, que era inclinado á la contradicción, dijo:

—No; pues lo que es en materia de viveza y travesura, yo habría proporcionado al Licenciado Retortillo la horma de su zapato en la persona de un D. Roque, de célebre memoria; si bien éste solía emplear aquellas dotes en términos mucho ménos ajustados al Decálogo.

Don Roque había sido comerciante en San Luis Potosí, con bienes propios considerables y casi ilimitado crédito; pero el robo de unos cargamentos de mercancías suyas durante la guerra de insurrección, le atrasó de tal modo, que dió punto á sus negocios entregando á sus acreedores el dinero y los efectos existentes, y hasta las alhajas de su mujer; pues decía, y con justicia, que usarlas ella cuando su marido aun de-

bia en la plaza, era afrentarse á sí misma. Por raro que hoy parezca este modo de discurrir, era el de D. Roque en la época á que me contraigo; y lo hago notar á Ustedes para que en la conducta posterior de mi héroe vean hasta dónde suele arrastrar la pobreza. Siempre que yo oía hablar de las diabluras de D. Roque, recordaba sin querer, una cuarteta que de muchacho leí en alguno de los romances del Cid, y que dice:

¡Oh necesidad infame!
 ¡A cuántos honrados fuerzas
 A que, por salir de tí,
 Hagan mil cosas mal hechas!

Aunque la poesía y los versos me han apesado siempre más que la valeriana, quedóseme en la memoria la tal cuarteta; y me gusta, por contener una verdad positiva y activa como una onza de purga de Jalapa (*radix Jalapæ*). Y volviendo á D. Roque, sucedióle que, honrado y favorecido de sus mismos acreedores al principio de su pobreza, acabó por cansarlos á peticiones y banderillazos, y llegó á palpar frío el fogan de su cocina, y rajada y vacía la marmita del puchero; situación terrible para el jefe de una familia compuesta de mujer y tres ó cuatro hijas pequeñas, que comen con el buen apetito de la

miseria, que rompen zapatos, y que no se pueden vestir de hojas de plátano, como Eva ántes de la invencion de los telares.

Dióse D. Roque á la correduría, aunque sin título, y con la mala suerte que por lo regular acompaña á los buenos. Diariamente azotaba las calles de la ciudad y de sus cuatro barrios, sin hacer sino rara vez, algun negocio pequeño, cuyo producto llevaba inmediatamente á su familia. De dia en dia fuéronsele escaseando más y más los medios de subsistencia, y como había sido rico y se había sentado en su juventud al festin de la abundancia, hizosele mucho más amargo el pan de la pobreza; ó, para hablar con propiedad, se le agrió el carácter y se le endureció el corazon al verse sin pan bueno ni malo. Dió en tratar ásperamente á todo el mundo, cuando de todo el mundo necesitaba, y hasta en contestar con grosería á las salutations de las gentes, lo cual empeoraba su situación. Por otra parte, concurría á las casas de juego, á que sus antiguos amigos le corrieran algo en vaca, sin poner él un solo centavo, ó á que los conocidos afortunados le dieran el barato; y como la dignidad y la decencia casi siempre se pierden muy pronto en los garitos, este pobre viejo, que

había sido hombre leal y completo, acabó por vivir de una industria que es hoy la de muchos, jugando topillos en mayor ó menor escala, pero con viveza y travesura, que le dieron celebridad, y que muchas veces caían en gracia á las mismas víctimas.

Advierto, señores, que voy tropezando en el mismo escollo del compañero procurador, quien para referirnos la entrevista de un licenciado y de un payo, nos ha forjado una historia casi tan larga como la vida de San Alejo. Procuraré, de consiguiente, abreviar la narracion de mi anécdota.

Habíamos llegado, D. Roque al estado de decadencia moral de que acabo de hablar, y yo al apogeo de mi posicion como farmacéutico. De humilde origen y huérfano desde muy corta edad, había pasado mis años juveniles machacando raíces y preparando purgantes y clísteres durante el dia, en calidad de mancebo, y sin más distraccion por las noches que el estudio del formulario y la colocacion de recetas en los alambres destinados á recibirlas. Mi laboriosidad y mi aptitud para dar punto y el sabor conveniente á jarabes y refrescos, habían llamado más de una vez la atencion de mi principal, y siendo éste español y teniendo que salir del país á la ex-

pulsion de todos los de su nacionalidad, dejéme la botica en traspaso, á que le fuese yo pagando en anualidades su importe. Abrí un nuevo pozo, no pareciéndome suficiente para infusiones y decocciones el agua del que había: rematé una partida regular de azúcar prieta á precio muy bajo, y contraté la zarzaparrilla, los claveles y las cáscaras de naranja que fuera posible recoger en un radio de algunas leguas; y con estos elementos y la especialidad de platear las píldoras que otros boticarios solo cubrian con harina ó magnesia, mi establecimiento llegó á ser el primero de los de su género en la ciudad. Dueño de mis acciones y poseedor de regulares recursos, y conviniendo con el Génesis, en que el hombre no está bien cuando se halla solo, caséme con la hija de un hacendado del rumbo de Tepeyahualco, y á la muerte de mi suegro — que lo fué para mí en toda la acepcion de la palabra, — por aquello sin duda de que todo está compensado en la vida, recibí la rica hacienda que hoy poseo, y de que mi esposa resultó única heredera.

Fué y es la tal esposa mia un tipo singular, poseyendo las cualidades buenas y malas de un temperamento linfático, y de un carácter de

aquellos que no sienten agravio ni agradecen beneficio. Con la misma flema con que cuando éramos novios recibia las pastillas de malva y agua de azahar con que yo la obsequiaba, recibió ante el altar mi mano, recibió los catorce hijos con que Dios lleva bendecido nuestro matrimonio, y recibiría al verdugo si fuese condenada á la estrangulacion. Y aquí voy á entrar en detalles domésticos que temo fastidien á mi auditorio, pero que son indispensables para la inteligencia de lo que refiero.

Yo había puesto á mi esposa una casita, asaz decente y bien amueblada; pero dió y tomó en que la docena de sillas norte-americanas, de asiento de ojo de perdiz —de las primeras que vinieron al país— que adornaban la sala, no eran suficientes, atendidas las dimensiones de ésta, y que convendría duplicar el número de asientos buscando otros iguales á los ya comprados. Esto, que hoy parecería tan hacederó, no lo era entónces, por la sencilla razon de que solo había llegado á la ciudad una partida de las tales sillas, que inmediatamente se realizó por haber agrado mucho la calidad y la forma de ellas. Contra su habitual indiferencia respecto de todo, mi esposa perseveró en su antojó, y como yo tenía

mis barruntos de que iba á hacerme padre, no quise omitir esfuerzo para cumplírsele.

—Don Roque —dije un día á nuestro viejo, que rebozado hasta las narices en el descolorido barragan que había sido verde, se recostaba contra el mostrador de la botica, con todas las señales de un mal humor más concentrado que de ordinario;— mi esposa desea una docena de sillas iguales á las que tenemos en casa. Pídale Usted una de éstas para muestra, y vea si consigue á no muy alto precio las que solicito.

El viejo dió por toda respuesta un gruñido, y salió de la botica. Me había visto casi diariamente desde que yo era niño; me trataba con familiaridad; daba muy frecuentes jaques á mi bolsillo, y ni su persona ni su historia eran desconocidas á mi esposa, que le profesaba algun aprecio por efecto de su triste situacion y de las consideraciones que me veía guardarle. Média hora despues volvía Don Roque, seguido de dos cargadores con la deseada docena de sillas, que él mismo fué bajando una por una de la cabeza de aquellos, y poniendo en doble hilera frente á la puerta de la botica.

—¿Son, ó no son iguales á las tuyas? me preguntó.

Al primer golpe de vista y ántes de oír la pregunta, habíala yo resuelto en sentido afirmativo. ¡La misma forma, las mismas dimensiones, el propio asiento de bejuco, y hasta las mismas frutas doradas al claro-oscuro en los respaldos y los piés!—¿Dónde ha podido Usted dar tan presto con lo que buscaba? le pregunté á mi turno.

—Eso no es de tu cuenta,—me contestó.—Las sillas valen sesenta pesos; ni un real ménos.

—Las que tengo me han costado cincuenta y cinco. ¿No podría ser que dieran éstas en lo mismo?

—Valen sesenta pesos; y ó los cuentas ó me las llevo.

—Mias son, me apresuré á decirle, temiendo perder la oportunidad de complacer á mi esposa, y puse al viejo en el mostrador de la botica tres montoncitos de á veinte duros. Don Roque sonó y frotó algunos de éstos despues de contarlos, puso la cantidad total en su polvo, fijó en mí una mirada entre dulce y maliciosa, y acabó por decirme:

—¿Y yo, trabajo de balde, por ventura?

El corredor exigía su corretaje, y era justo dárselo, como también pagar á los cargadores. Saldada mi cuenta por completo, sin haber exi-

gido factura ni recibo, por creer que no valía la pena de ello, supliqué á Don Roque llevara las sillas á mi casa y las entregara de parte mia á mi mujer; á todo lo cual se mostró dispuesto, partiendo en seguida á hacerlo.

Quedé contento del negocio, fuerza es decirlo. Por una parte, era yo buen marido—como lo son en la luna de miel casi todos—y compartía y saboreaba el gusto de Donaciana al ver cumplido su antojo. Por otra parte, aunque en fuerza de preparar cáusticos y ventosas, habíame vuelto insensible á los padecimientos de la humanidad, me afectaba la miseria de Don Roque, y me decía que con el corretaje de las sillas tendría su familia para comer un par de días. No sospechaba yo que el bien y buena obra hechos por mí al viejo, habían sido mucho mayores. El muy tuno, conociendo el carácter apático de mi mujer, y contando con él, tan luego como yo le encargué que buscara sillas, había ido á pedirle de parte mia las de la sala de mi casa, que ella entregó sin objecion ni pregunta alguna. Cuando las hube examinado y pagado de nuevo con la mayor buena-fé y confianza, él las volvió á llevar á mi casa, diciendo simplemente con voz de trueno:

—Donaciana, ahí están las sillas. Y la papa de mi mujer, con la misma flema con que las había entregado las recibió, sin meterse en inquirir para qué las llevaron ni cómo las devolvieron: púsolas en la sala en el lugar que ántes ocupaban, y así pasó y terminó el lance que, verdaderamente, no tuvo de divertido sino los siguientes apéndices.

En la noche volví á mi hogar, cansado de elaborar píldoras, y de hacer friegas; y al meterme entre sábanas, entablé con mi esposa este diálogo:

—¿Trajo Don Roque las sillas?

—Sí.

—¿Te gustaron?

—Sabes que siempre me han gustado.

Donaciana se dormía en aquellos momentos; y, habituado yo á sus modos y respuestas que se resentían de cierta obstrucción en los órganos de la percepción y de la palabra, díme á roncar á semejanza suya, y en dos ó tres semanas no me volví á acordar de la compra.

Cerca de un mes despues, al entrar un día con Donaciana en la sala, no pude ménos de preguntarle:

—Pues, ¿y las sillas?

—¿Qué sillas?

—Las que trajo Don Roque.

—Pues ahí las tienes.

—Entónces, ¿dónde has puesto las antiguas?

—¿Qué antiguas?

—Las que había aquí cuando nos casamos.

—Son estas mismas que ves.

—¿Luego has colocado en otra parte las nuevas?

—¿De qué nuevas hablas?

—De las traídas por Don Roque.

—Don Roque no ha traído más que éstas.

Encolerizado ante lo que yo juzgaba quinta esencia de la tontería en mi mujer, tomé mi sombrero y no volví á casa en todo el día. Las brisas de la noche refrescáronme, y entónces reflexioné que Donaciana no tenía la culpa de ser tan negada; aparte de que su estado interesante y lo mucho que á pretexto de él engullía, debían haber acabado de poner el apagador á la escasa luz de su inteligencia. Volví á casa, llevé á Donaciana á la sala, y para descifrar el logogrifo me propuse ser claro y lógico en mis preguntas, y reprimir todo ímpetu de impaciencia ó de enojo. Averigüé lo bastante para comprender que había sido víctima de la industria de Don Roque, á quien traté de abrumar con recon-

venciones más que enérgicas al presentarse á otro día en mi botica.

—Mi hombre, ¿lo creerán Ustedes? no perdió en lo más mínimo su aplomo.

—Hijo mio — me dijo, dulcificando en lo posible la voz y el gesto, — los tiempos están malos y la ley de la necesidad es muy dura. Si algun día llego á verme en fondos, te pagaré lo que te debo; si no es así, me lo perdonarás.

Ví que los ojos del viejo se humedecían. Recordé que había sido rico, honrado y considerado, y me imaginé el cuadro actual de su familia desnuda y hambrienta. Mi corazón de boticario se ablandó, como las resinas á la acción del fuego; y, enteramente desarmado y para ocultar á Don Roque mi emoción, volvíle la espalda, so pretexto de colocar un frasco de aceite de lombrices (*oleum serpentorum*) en su lugar respectivo.

IV

El cuadro de Murillo.

Más afortunado que el procurador el farmacéutico, su narración no suscitó murmuraciones, no obstante ser tan larga y difusa como la del

primero. Unicamente el almonedero, exhalando un suspiro, exclamó:

—Al ménos, Usted tuvo en sus manos al verdugo de su bolsillo, y le queda la satisfacción de haberle perdonado; mientras que yo, víctima de otra estafa no ménos bien urdida, sobre lo perdido directamente á causa de ella, gasté dinero y tiempo en inútiles pasos para descubrir á quienes de mí se burlaron de un modo que dió mucho que reir en México.

Esta semi-filosófica reflexión suscitó un tanto cuanto la curiosidad del procurador, y á instancias suyas y aprovechando el sueño del capitán, el almonedero habló en estos términos:

—Si Ustedes alguna vez preguntan en la calle de la Canoa por Mateo Repelos — que es mi nombre, para servirlos, — sabrán que llegué á distinguirme entre todos los dueños y administradores de almoneda, no sólo por la tirantez con que compraba y la estimación con que vendía, sino por mi tino en la elección y la colocación de las mil y una baratijas, y de los inclasificables cachivaches que constituyen lo que en mi tiempo se llamaba almoneda, y que hoy, tomando un nombre más oriental, comienza á denominarse bazar. Desde el pobre ajuar del militar retirado

venciones más que enérgicas al presentarse á otro día en mi botica.

—Mi hombre, ¿lo creerán Ustedes? no perdió en lo más mínimo su aplomo.

—Hijo mio — me dijo, dulcificando en lo posible la voz y el gesto, — los tiempos están malos y la ley de la necesidad es muy dura. Si algun día llevo á verme en fondos, te pagaré lo que te debo; si no es así, me lo perdonarás.

Ví que los ojos del viejo se humedecían. Recordé que había sido rico, honrado y considerado, y me imaginé el cuadro actual de su familia desnuda y hambrienta. Mi corazón de boticario se ablandó, como las resinas á la acción del fuego; y, enteramente desarmado y para ocultar á Don Roque mi emoción, volvíle la espalda, so pretexto de colocar un frasco de aceite de lombrices (*oleum serpentorum*) en su lugar respectivo.

IV

El cuadro de Murillo.

Más afortunado que el procurador el farmacéutico, su narración no suscitó murmuraciones, no obstante ser tan larga y difusa como la del

primero. Unicamente el almonedero, exhalando un suspiro, exclamó:

—Al ménos, Usted tuvo en sus manos al verdugo de su bolsillo, y le queda la satisfacción de haberle perdonado; mientras que yo, víctima de otra estafa no ménos bien urdida, sobre lo perdido directamente á causa de ella, gasté dinero y tiempo en inútiles pasos para descubrir á quienes de mí se burlaron de un modo que dió mucho que reír en México.

Esta semi-filosófica reflexión suscitó un tanto cuanto la curiosidad del procurador, y á instancias suyas y aprovechando el sueño del capitán, el almonedero habló en estos términos:

—Si Ustedes alguna vez preguntan en la calle de la Canoa por Mateo Repelos — que es mi nombre, para servirlos, — sabrán que llegué á distinguirme entre todos los dueños y administradores de almoneda, no sólo por la tirantez con que compraba y la estimación con que vendía, sino por mi tino en la elección y la colocación de las mil y una baratijas, y de los inclasificables cachivaches que constituyen lo que en mi tiempo se llamaba almoneda, y que hoy, tomando un nombre más oriental, comienza á denominarse bazar. Desde el pobre ajuar del militar retirado

á quien no pagan sus alcances, hasta la vajilla de China de la viuda rica que viene á ménos; desde los retratos de familias extinguidas, hasta el grabado de Lutero ó de Pepe Botella, colocado en su marquito negro de madera; desde la antiquísima jeringa de cobre vaciada en el molde de las primitivas piezas de artillería, hasta la cajita de pino de nuestros abuelos, pintada de verde, y el biombo de lienzo con las aventuras de Pedro Urdemalas, no hay antigualla ni objeto indefinible á que el almonedero por temperamento é inclinacion no haga postura, cuyos usos y aplicaciones no estudie, y de los cuales no salga, con el trascurso del tiempo, perdiendo ó ganando dinero. Tambien dirán á Ustedes que mi especialidad favorita son las pinturas; que conozco la nomenclatura de las más famosas existentes en los museos de Europa y en los principales conventos de la capital y de Puebla; así como los caracteres esenciales de las escuelas flamenca, italiana y sevillana; y que á primera vista distinguo un cuadro de Jimeno ó de Cabrera, de otro de Zendejas ó de Juárez.

Mas ¡ay! el conocimiento práctico del ramo de almoneda en general, no se adquiere sino á costa de tiempo, dinero y chascos más ó ménos

pesados; y en cuanto á mis estudios y buen golpe de vista en materia de pinturas, debílos á un suceso que me pasó en los primeros seis meses del oficio, y que jamás olvidaré, por la sangría que importó para mi bolsillo, y por las burlas de que me hizo blanco por espacio de años enteros entre la gente del ramo.

Acababa yo, repito, de establecerme en mi accesorio con varios bancos de cama enchinchados, algunas sillas de las que tenían respaldo de lienzo en forma de óvalo, con paisajes al óleo—especie de que no queda ya ni rastro—y otros cuantos efectos del mérito y valor de los referidos. La necesidad me agujoneaba, pues, amén de una madre anciana y enferma á quien atender, tenía yo esposa y dos niños. En mis horas de ocio y de meditacion, que eran las más del día, sintiéndome predestinado al giro, pensaba yo en que no podría tardar en presentármese algun negocio brillante, de aquellos que se entran por la gatera cuando está decretado que sean para uno, y que me pondría en aptitud de dar vuelo á mi negociacion y auxilios más eficaces á mi familia.

Tal era el tema de mis divagaciones cierta mañana en que, reclinada la mejilla en el dies-

tro brazo colocado sobre una mesita de pino de las de venta, ví entrar á una señora anciana de aspecto reservado, acompañada de un mozo que traía un lienzo con todo y bastidor, cubierto con un trapo no muy limpio. Cambiadas las saluciones de rigor, la señora me propuso en venta el cuadro, descubriéndole el criado. Era una imágen de Nuestra Señora del Cármen, que ni por su dibujo ni por su colorido parecióme sobresaliente, si bien este último abundaba en los tintes oscuros del estofado ó del mole; circunstancia que recordé haber oído enumerar como uno de los indicantes de la antigüedad y el mérito en las pinturas. La señora pedía por ésta cincuenta pesos para que yo ofreciera. Díjela que mis posibles no eran para comprarla ni por mucho ménos; y, despues de insistir inútilmente cerca de media hora en vendérmela, me propuso dejarla en mi almoneda á la vista, quedando yo en libertad, ó de comprársela si más adelante me inclinaba á ello y contaba con los necesarios recursos, ó de venderla por cuenta suya si se proporcionaba comprador, limitándome al cobro de una comision moderada por depósito y venta. Consentí en ello, por tener así en mi establecimiento un objeto más sin que me costa-

ra, y no porque abrigase el menor intento de quedarme con el lienzo en propiedad, ni la más remota esperanza de que álguien incurriera en la humorada de hacerle postura; y aunque traté de averiguar cuál era el domicilio de la señora, ésta me dijo que se hallaba en vísperas de mudarse, que no convenía la buscaran en su casa, y que cuidaría ella misma de volver á verme, pasado cierto número de dias, para saber si se proporcionaba ó no marchante.

A los quince ó veinte dias volvió, en efecto, y sabedora de que no le habia, marchóse desconsolada diciéndome que se hallaba en la mayor pobreza; pero que aun abrigaba cierta confianza en la venta del cuadro.

Acordándome yo de éste, quitéle con un trapo el polvo y las telarañas que empezaban á cubrirle, y hasta frotéle con una muñequilla mojada en aceite de linaza, poniéndole más cercano á la puerta de la calle; todo por falta de quehacer y á fin de matar en algo el tiempo. Y, sin duda por aquello de que trabajo y diligencia siempre logran cosecha, media hora despues de tal operacion, un individuo de cabello cano y traje decente, aunque algo raído, que pasaba por la calle de la Canoa y que volvió casualmente el

rostro, al ver el lienzo detúvose como involuntariamente, contemplóle por espacio de uno ó dos minutos, y siguió su camino con visibles señales de preocupación, y sin causármela á mí en lo más mínimo.

Este incidente repitióse otros dos días, y al tercero, mi hombre se recostó contra el marco de la puerta, calóse los anteojos y púsose á examinar el lienzo con todo detenimiento. Mas bien por quitarme de encima aquella mosca que por entrar en relaciones mercantiles, díjele con urbana frialdad:—¿Por qué no entra Usted, caballero? Abstraído en la contemplacion del lienzo, únicamente al repetirle mi pregunta se tocó el sombrero y dió dos ó tres pasos adentro, sin quitar la vista del cuadro.

—Indudablemente, dijo, tiene Usted aquí una joya artística que vale mucha plata.

En seguida, y pidiéndome permiso para ello, bajó el lienzo de la mesa en que estaba recostado sobre unas sillas, frotó con su pañuelo ensalivado las dos extremidades inferiores, como en busca de firma y fecha que no halló, y examinó, por último, lienzo y bastidor por detrás, diciendo en tono de profunda convicción:

—Acaso yo me equivoque; pero este cuadro

debe pertenecer á la escuela sevillana, y ser obra de alguno de sus más insignes maestros.

Oyendo esto, preguntéle —todavía sin dar gran valor á su entusiasmo— por qué no le hacía frente, agregando que le tendría por casi nada, puesto que pertenecía á una familia pobre deseosa de salir de él; á lo cual contestóme con visible desconsuelo, que no se hallaba adinerado, y que el lienzo aquel no era para arrancados, por muy barato que le diesen. Por lo que pudiera tronar, indiquéle que venderían en cien pesos la imágen; al oír lo cual abrió tamaños ojos y meneó la cabeza de un lado á otro, como si no diera crédito á mi aserto; y contemplando de nuevo un breve rato la pintura, saludóme y prosiguió su camino.

El lienzo continuaba colocado cerca de la puerta y llamando la atención de los transeuntes. Algunos de estos, inteligentes sin duda, se detenían á verle desde la calle, se le señalaban mutuamente y hablaban entre sí. Dos jóvenes bien apersonados estuvieron á punto de darse de puñadas una mañana, en mi puerta, acalorados con la disputa de si el lienzo era original ó copia. Uno de ellos sostenía que de aquella pintura no podía haber ejemplar alguno en México,

y mucho ménos en una almoneda de las de tres al cuarto; miéntras su contrincante se fundaba en el vigor y despejo del trazo y las combinadas firmeza y suavidad de luces y sombras, para creer que aquello no podía ser una simple copia. Como se trataban uno á otro de ignorantes, y esto en alta voz y con interjecciones algo vivas, y comenzaba á agruparse en torno suyo la gente, les supliqué moderaran su exaltacion artística en mi puerta, para soltarle la rienda, si gustaban, en la esquina más inmediata.

A todo esto, yo iba concibiendo ventajosa idea del cuadro, y hasta, haciendo un sacrificio, habría dado por él quince ó veinte pesos si se me hubiera presentado la propietaria; pero ni esto sucedía, ni era posible buscarla, por ignorar las señas de su habitacion. Yendo y viniendo dias, el primero y más antiguo de los platónicos enamorados del lienzo, colóse de rondon en mi almoneda una tarde, y, llamándome á un rincón de la pieza, con gesto solemne y en voz baja para que no le oyeran dos señoras que ajustaban á la sazón unas sillas de asiento de tule, me dijo:

—Ya no es justo que sigamos yo en mi disimulo, ni Usted en sus burletas. Comprendí perfectamente la de decirme que el cuadro valía cien

pesos, que fué decirme en rigor: “aun cuando te le dieran por un mendrugo, no podrías tú comprarle.” Acaso pueda yo, si no comprarle, hacer que le compren, señor mio; que bajo una mala capa suele ocultarse un buen bebedor. Si Usted, en lugar de juzgar por las apariencias y de burlarse de un admirador arrancado, se humaniza y pone en lo racional y posible para salir del lienzo, acaso haga, con intervencion mia, si no lo que se llama un buen negocio, atendido el mérito de su Virgen, sí una ventecita que le dé á ganar algunos pesos. Tengo un inglés... pero, ante todo, Usted debe saber mejor que yo, que este lienzo es nada ménos que del fundador de la escuela sevillana, Bartolomé Estéban Murillo, célebre pintor español que floreció en el siglo XVII; compañero y amigo del gran Velázquez, y á cuyo pincel son debidos el San Antonio de Padua, el San Isidoro de Sevilla, el Moisés hiriendo la roca, y tantas otras maravillas del arte que constituyen la riqueza de los museos y monasterios de Europa. Tengo, repito, un inglés rico, que viaja recogiendo de aquí y de allí cuantas joyas artísticas le es dable comprar á bajo precio, para llevarlas á Londres, donde se venden á como uno quiere, no parándose el gobier-

no británico en gastos para enriquecer los museos públicos, ni los Lores en derramar el oro por adquirir originales para sus colecciones particulares. Mi hombre ha comprado en Puebla y aquí algunos cuadros, y actualmente tiene puesto el ojo en este lienzo, mediante indicación mía; pues, aquí donde Usted me ve, soy inteligente en el ramo, llámome Martínez, y años atrás he desempeñado una clase de pintura en la Academia de Bellas Artes, donde podrán dar á Usted noticias de mi persona. El inglés ha visto el cuadro desde la calle, y le ha gustado, por lo cual vendrá mañana conmigo para verle á la luz meridiana.

Desconfiado de mí, y poco susceptible de entusiasmarme, creí que había más de charlatanería que de sustancia en la peroración del señor Martínez, quien se presentó á otro día con su inglés. Aunque tenía éste azafranados el cabello y las patillas, descomunales los cuellos de la camisa, y pendiente al pecho el lente de rigor, hablaba el castellano con asaz facilidad y corrección, lo cual debía, según me dijo, á los muchos años que había vivido en España visitando museos y conventos. Halló que el lienzo de marras era, efectivamente, de Murillo, lo cual no se

podía dudar, en vista de lo perfecto del dibujo, de la propiedad anatómica que brillaba en las carnes, y de la verdad y naturalidad del colorido, que así huía de la árida y triste severidad de la escuela romana como de los colorines de la flamenca. Aquel ambiente ó atmósfera entre la forma de la Virgen y los grupos de ángeles que la rodean, solo el insigne fundador de la escuela sevillana había sabido crearle, y constituía una dificultad en que naufragaron y naufragan los demás artistas pasados y presentes. Todo esto y mucho más dijo el inglés, no del modo con que habla un necio para que le crean sabio, sino como habla una persona verdaderamente conocedora de lo que juzga. No queriendo partir de ligero, díjome que ni entraría en ajuste sino al siguiente día, ni siquiera pretendía saber desde luego el precio del cuadro: que éste era muy bueno, y él bastante rico; pero que los tiempos eran malos, y no se quedaría con la pintura sino tomándola á bajo precio. Agregóme que me fijara en el último y definitivo, á fin de volver él á la mañana siguiente, á examinar de nuevo el lienzo, y á quedarse con él, ó á desistir del negocio.

Durante esta primera entrevista, Martínez no

habló, sin duda por haberse abstraído completamente en la contemplación de la pintura.

Dióme golpe el inglés, y comenzó á dármele el cuadro, en que ántes casi ni había fijado la atención, y en el que ya creía descubrir todas las perfecciones anatómicas y de tono y colorido, y hasta la atmósfera de que acababa de hablar el gringo. Volví á frotarle con aceite de linaza, é instintivamente veía hácia la calle, deseoso de que se apareciera por allí la propietaria, á fin de cerrar trato con ella, ó, al ménos, ajustarle condicionalmente la pintura. En la tarde, al pasar frente á la Academia, ocurrióseme tomar algunos informes respecto de Martínez; y no bien le hube nombrado, cuando el conserje me dijo que era persona muy perita en el arte, y que, efectivamente, había sido muchos años catedrático de pintura en el establecimiento, acudiendo todavía á él á dar su voto siempre que se trataba de juzgar del mérito de cuadros antiguos y modernos. En la noche soñé que el negocio se redondeaba, dejándome media talega de pesos.

A otro día á las doce, Martínez y su inglés entraban en mi almoneda, y, despues de examinar de nuevo la Nuestra Señora del Cármen, preguntóme el segundo si le había yo fijado precio.

—No se ha de dar en ménos de quinientos pesos, le contesté con aire indiferente y hasta algo brusco.

—Pues decididamente la tomo —me dijo,— y, como no me agrada perder tiempo, ni hablar sino lo preciso, terminémos de una vez el negocio.

Sacó de su bolsillo una cartera, y de ésta una tarjeta con su nombre, que, si mal no recuerdo, era "Sir James William Cook;" y, entregándome la tarjeta y una moneda de oro de diez y seis pesos, agregó:

—Aquí tiene Usted mi nombre y esta onza, para que inmediatamente haga preparar una caja de madera en que pueda caminar el lienzo sin estropearse. Una vez lista la caja, coloque Usted en ella la pintura, muy bien acomodada; y sin cerrar, ó, al ménos, sin clavar la tapa, lleve Usted tarjeta, caja y factura de venta á la casa de los señores Maning y Mackintosh, donde le entregarán en oro el importe del cuadro. Que esto sea mañana mismo, porque yo debo partir de un día á otro.

Salieron Martínez y el inglés, y yo tras ellos en busca de un carpintero conocido, á quien dí las dimensiones del lienzo, y órden de hacer la

caja en el resto del día; y como la ajusté en seis pesos, hallé que, por principio de cuentas, iba yo á ganar más de otro tanto en solo el empaque. Decididamente mi estrella estaba en su zenit, y lo único que me inquietaba era no poder dar desde luego con la propietaria de la pintura, exponiéndome á que, si se llegaba á traslucir mi negocio de venta, quisiera ella compartir mis considerables utilidades. Pero estaba yo en el cuarto de hora de ganar todos los albures, ó así lo creí, por lo ménos, viendo entrar esa misma tarde á la bendita anciana en mi establecimiento.

El lienzo no había sido movido de donde llevaba días de estar; ni mi semblante revelaba la menor emoción, cuando entablamos este diálogo:

—¿Aún no se ha vendido mi Madre y Señora del Carmen?

—Ya Usted la ve ahí, donde la dejó.

—¡Cuánto lo celebro! Decididamente Dios protege á los pobres. ¡Alabada sea su misericordia! Figúrese Usted, Sr. Don Mateo, que yo me había resuelto á dar, acosada de la miseria, por cincuenta pesos esta alhaja de familia, que de generacion en generacion ha llegado á mí; y que ahora mi primo, el cura de Atlixco, me escribe por conducto de mi comadre Petronila, dicién-

dome que no vaya á deshacerme del cuadro, porque los padres carmelitas de Puebla le conocen y codician, y podrían dar hasta doscientos pesos por él. Nó, sino muy lucido negocio habría yo hecho malbaratándole, para tener pan hoy y hambre mañana! ¡Alabado sea Dios en todas las cosas! Me llevo mi Virgen Santísima, señor Don Mateo; y, como no es justo que Usted la haya tenido de balde en su almoneda, le dejo esta tumbaga de oro, que bien vale sus cuatro pesos, y que era de mi difunto esposo, para que de ella se cobre lo que sea del depósito, y me devuelva el resto cuando la haya vendido.

Como Ustedes comprenderán, semejante peripécia daba al traste con mi negocio. En vano, con calma y sangre fría, traté de hacer comprender á la anciana que se alucinaba con meras esperanzas, probablemente huecas; acabando por ofrecerle de contado los cincuenta pesos que al principio pretendía por su lienzo. Tomóle el criado, cubrióle y cargó con él, y, ya en la puerta anciana y mozo, ofrecí sucesivamente á la primera sesenta, setenta y hasta cien pesos por la imagen. La buena señora ateniase á las seguridades de su primo el cura de Atlixco; declaróme terminantemente que no daría el cuadro

por ménos de doscientos pesos, y se marchó con él.

La figura que yo quedé haciendo en la puerta de mi almoneda debe haber tenido mucho de ridícula. Decíame para mis adentros, que la codicia rompe el saco, y que, tratando yo de explotar la pobreza de aquella anciana, habíame sucedido lo que al perro de las dos tortas. Pero una idea luminosa cruzó por mi cerebro. ¿No me daba el inglés quinientos pesos por el cuadro? Pues aún pagando por él doscientos, quedábame un sesenta por ciento de utilidad, una suma redonda de trescientos duros, sin contar los ahorros en el empaque. Tomé mi sombrero, fuí á dar alcance á la vieja que ya doblaba la esquina; ofrecíle ciento cincuenta pesos por el cuadro; y viendo que ni esta oferta aceptaba, díjela: "Es mio por los doscientos," y volví en triunfo á mi establecimiento, dando el brazo á aquella estantigua, y seguidos ambos del mozo con la pintura.

Propuse á la señora darle á otro día la cantidad, y redondamente se negó á ello, diciéndome que de efectuar la venta, había de ser recibiendo en el acto su importe, "porque nosotras las señoras —agregó— nada entendemos en es-

to de negocios, y con mucha facilidad somos engañadas." Nuevo conflicto para mí, que no podía reunir de pronto ni cien pesos, y que juzgaba inútil acudir á la casa de Maning y Macintosh por el dinero ántes de llevar empacado el cuadro. Habría ido á ver á Sir James W. Cook para que me diera algo á cuenta; pero, aparte de que esto no sería decoroso, no era tampoco practicable sin riesgo de que los demás almonederos, que iban ya oliendo el negocio, me le birlaran mejorando á la viuda mi oferta. Decidíme á ocupar á una persona rica que vivía á la otra puerta y me dispensaba alguna confianza, pidiéndole ciento cincuenta pesos que me dió por un par de días, dejándole yo en prenda las escrituras de una casita de mi mujer. Conté sus doscientos pesos á la señora, y extendí en papel sellado un recibo que me firmó con agrabados caracteres; hecho lo cual, yo me quedé con su cuadro y ella se marchó con mi dinero, diciéndome que estaba ya definitivamente mudada y á mis órdenes en el número 24 de la calle de Curtidores, para donde me invitaba á tomar chocolate á la siguiente tarde con ella.

Para no hacer á Ustedes más largo el cuento,

les diré que á otro día, al presentarme en la casa de Maning y Mackintosh con lienzo, factura y tarjeta, ni quisieron los dependientes recibir la caja, ni ellos ni el principal, persona respetable y bondadosa, recordaron haber conocido ni siquiera oído nombrar á Sir James W. Cook; que habiendo ocurrido, con el auxilio del conserje de la Academia de Bellas Artes, á la casa de Martínez, el antiguo catedrático de pintura, resultó que éste no era el admirador platónico de mi cuadro, y que mi susodicho cuadro fué calificado por el verdadero Martínez, de verdadero mamarracho que no valía un comino; que en la calle de Curtidores no había número 24 ni quien diera razon de la viuda; que como escribí al cura de Atlixco pidiéndole noticias de su prima, me contestó que, á Dios gracias, no tenía ya pariente alguno, pues los que tuvo solo le dieron asaltos y disgustos; por último, que, no pudiendo devolver los ciento cincuenta pesos que me prestaron, mi esposa perdió su casita, y sus justísimos reproches se mezclaron por mucho tiempo con las risas de los almonederos vecinos. Calificáronme éstos de infeliz, no solo concebido en pecado como la totalidad de los hombres, sino concebido tambien en necedad,

lo que, de tejas abajo, es acaso todavía más grave y trascendental, y en lo cual tuve que convenir á despecho mio.

V

El Hombre del Caballo Rucio.

A esta sazón despertaba el militar con visibles señales de espanto; y con decir que despertó, se dijo que tomó la palabra para no dejarla hasta que amaneciera.

—¡Maldito dormir, que de nada me ha servido sino de sudar frio y sentir más molidos los huesos! ¡Y malditos sueño é imaginacion mia, que me convirtieron en actor en un lance que no baja de treinta años que oí referir en una de mis expediciones, y de que no me había vuelto á acordar! El tinglado bajo el cual dormía yo, ó, más bien dicho, soñaba que dormía, se columpiaba como á impulsos de un terremoto con las mecidas del hombre aquel. Y luego, sus ojos, aquellos ojos de mirada satánica, fija en mí y que me penetraba hasta la medula de los huesos!

Pero, como Ustedes creerán, piadosamente juz-

les diré que á otro día, al presentarme en la casa de Maning y Mackintosh con lienzo, factura y tarjeta, ni quisieron los dependientes recibir la caja, ni ellos ni el principal, persona respetable y bondadosa, recordaron haber conocido ni siquiera oído nombrar á Sir James W. Cook; que habiendo ocurrido, con el auxilio del conserje de la Academia de Bellas Artes, á la casa de Martínez, el antiguo catedrático de pintura, resultó que éste no era el admirador platónico de mi cuadro, y que mi susodicho cuadro fué calificado por el verdadero Martínez, de verdadero mamarracho que no valía un comino; que en la calle de Curtidores no había número 24 ni quien diera razon de la viuda; que como escribí al cura de Atlixco pidiéndole noticias de su prima, me contestó que, á Dios gracias, no tenía ya pariente alguno, pues los que tuvo solo le dieron asaltos y disgustos; por último, que, no pudiendo devolver los ciento cincuenta pesos que me prestaron, mi esposa perdió su casita, y sus justísimos reproches se mezclaron por mucho tiempo con las risas de los almonederos vecinos. Calificáronme éstos de infeliz, no solo concebido en pecado como la totalidad de los hombres, sino concebido tambien en necedad,

lo que, de tejas abajo, es acaso todavía más grave y trascendental, y en lo cual tuve que convenir á despecho mio.

V

El Hombre del Caballo Rucio.

A esta sazón despertaba el militar con visibles señales de espanto; y con decir que despertó, se dijo que tomó la palabra para no dejarla hasta que amaneciera.

—¡Maldito dormir, que de nada me ha servido sino de sudar frio y sentir más molidos los huesos! ¡Y malditos sueño é imaginacion mia, que me convirtieron en actor en un lance que no baja de treinta años que oí referir en una de mis expediciones, y de que no me había vuelto á acordar! El tinglado bajo el cual dormía yo, ó, más bien dicho, soñaba que dormía, se columpiaba como á impulsos de un terremoto con las mecidas del hombre aquel. Y luego, sus ojos, aquellos ojos de mirada satánica, fija en mí y que me penetraba hasta la medula de los huesos!

Pero, como Ustedes creerán, piadosamente juz-

gando, que he perdido el juicio, voy á referirles del modo más conciso posible la tradicion que á mí me contaron allá por el año de 1816; una vulgaridad que ni yo ni Ustedes podemos creer; pero en que creen á pié juntillas las gentes de las rancherías en la zona que se extiende en todo el declive de la Mesa Central hácia la costa de Veracruz.

Supongo que alguno de Ustedes ha bajado, siquiera una vez, de Puebla ó de Perote al puerto que acabo de nombrar, tomando la carretera que pasa por las Vigas, la Hoya, San Miguel del Soldado y Jalapa; y que al salir de la Hoya y al descender por la terrible pendiente que conduce al penúltimo de los citados puntos, ha vuelto los ojos á su izquierda y contemplado uno de los más hermosos panoramas que yo he visto en mi vida. Dejando atrás, ó sea al Norte, un anfiteatro de cerros y montañas, y mesas tajadas á pico, en cuyas planicies brillan á lo léjos con los rayos del sol los pueblos de Naolinco, Tonayan, Pastepec y otros muchos, y de uno de cuyos verdinegros cantiles surge, á semejanza de una asa de cristal de roca, la catarata de Naolinco; se extiende un valle inmenso esmaltado de arboledas, milpas, zarzas, musgo, caña de azú-

car y lava volcánica, medio fundiéndose en la luz atmosférica los tonos más variados del verde, del rojo, del negro y del amarillo que predominan en el paisaje. Aquél inmenso valle se abre desde las vertientes orientales del Cofre de Perote hasta el Atlántico, que, como una cinta azul celeste muy bajo, forma en los dias claros y serenos la última lontananza del cuadro. Por allí descendió en alguna de las erupciones volcánicas, de que no había ya ni noticia en tiempo de la conquista española, una de las grandes corrientes de lava, yendo hasta el mar, calcinando vegetación, terrenos y peñascos en una latitud de leguas, y haciendo desaparecer rios que recorren larguísimas distancias bajo su manto petrificado, para salir de nuevo al aire y á la luz del sol. Solo desde las cumbres de Aculzingo se domina, sin subir á las grandes alturas de la Mesa Central, un espacio mayor y más pintoresco; y para que nada falte á la magnificencia del paisaje á que me contraigo, las brisas suelen traer por aquella abra inmensa, al oído del viajero, los sordos bramidos del volcan de Tuxtla, á que responden, á guisa de eco, los truenos apenas perceptibles del cerro de la Magdalena, hácia el Norte; mientras á la derecha reme-

la voz del Océano los negros y gigantescos pinos de la falda del Cofre, contrastando con el ópalo de su cumbre, vestida de nieve casi siempre.

Ahora bien; penetrando por aquel magnífico valle hácia la costa, hubo á principios ó mediados del siglo pasado una propiedad territorial considerable cuyo centro era Rancho Nuevo, y que, extendiéndose entre Actopam y la Pastoría, cerca de la Mesa del Rodeo, y atravesando parte de los terrenos bajos de Naolinco, llegaba hasta el Alto de Tiza, entre San Antonio del Monte y el rancho de Zontzocomotla. Dueño era de tal extension territorial, poblada de numerosísimos ganados lanar, vacuno y caballar, un hidalgo que, ó no me dijeron ó no recuerdo si era español, ó criollo educado en España, y de allá venido con ciertas ínfulas de gran señor, y con no pocas ideas de las que hoy llaman avanzadas y que él ponía en práctica, no sin disgusto y hasta escándalo de los rancheros comarcanos. Así, por ejemplo, cierta capilla existente en alguna de sus posesiones, permanecía cerrada, no obstante contar con los paramentos necesarios, sin que los capellanes de otras haciendas del rumbo fuesen jamás llamados á celebrar misa en ella. Los pobres de la comarca, si se aventuraban á pedirle limosna,

solo recogian sermones más ó ménos ásperos contra la holgazanería y la mendicidad. No había memoria de que hubiese entregado sus diezmos completos, y sin lanzar alguna pulla contra obispos y curas; y parecía complacerse en hacer llevar sus reses al herradero los domingos y demás días de fiesta, lo cual quemaba la sangre á sus mayordomos y pastores, envidiosos del descanso á que la demás gente del campo se entregaba en tales días.

Tampoco supe ó recuerdo el nombre del hidalgo, persona como de 48 años de edad; alta, fornida, de gesto agrío y enormes patillas negras, y que llevaba, á la usanza del tiempo, recogido el largo cabello en una coleta cuidadosamente liada con liston verde, que se le mantenía tiesa á manera de culebra semi-levantada del suelo, ó le azotaba la espalda al recio galopar de su caballo favorito. Era éste rucio, segun decían los rancheros, de anchos encuentros y de una ligereza tal, que en vano habían querido competir con él en la carrera los más aventajados potros de la tierra y aún de los venidos del interior. Nuestro hombre no montaba sino el rucio, á pesar de tener muy bien provistas sus caballerizas; y los mejores campiranos, al verle con sus calzoneras de

pañó azul y botonadura de plata, y su ancho sombrero de palma con gruesa toquilla, y mascando un enorme veguero de que recogía y despedía el humo en densas bocanadas; al verle, digo, galopando ó yendo al paso en su rucio, exclamaban en tono de la más sincera admiración: "No se puede negar que este hombre nació á caballo." Tal admiración neutralizaba hasta cierto punto las antipatías que le creaban su riqueza, su lujo, su brusquedad y sus irreligiosos procederés; si bien no era bastante á hacer olvidar á sus arrendatarios de tierras lo que respecto del hidalgo dijo una vez el cura de Actópam, al enjugar las lágrimas á una viuda que con ocho hijos de tierna edad acababa de ser lanzada de la miserable choza en que había nacido, por no poder pagar unas rentas vencidas: "Ese hombre no puede tener buen fin."

Y sucedió que, con todo y haberse reido del pronóstico del cura, nuestro hidalgo, cierto domingo en que sus vaqueros llevaban á herrar nuevas reses y él á cierta distancia los vigilaba, al atravesar unos terrenos planos de Zontzocomotla, aflojó las riendas y apretó las espuelas al rucio, dando en él una de aquellas carreras de relámpago en que nadie logró jamás sa-

carle ventaja. Muy plano era, como dije, el terreno, sin árboles ni arbustos, y solo entapizado de un zacaton de terciá ó poco más de altura, que ignoro cómo pudo encubrir á los ojos de cabalgador y cabalgado un peñasco liso, azuloso y casi cuadrado que hasta la fecha debe de existir allí, ó que, al ménos, me enseñaron en una de mis expediciones. Lo cierto es que el caballo tropezó con el tal peñasco en lo más recio de su carrera, lanzando por encima de su cabeza al jinete, dejándole sembrado en el suelo, y huyendo en direccion trasversal, azotado de los estribos, sin que en mucho tiempo reapareciera. Vieron los vaqueros caer al amo, lo cual les causó no poca sorpresa, aumentada hasta la estupefaccion cuando, acercándose á examinarle, halláronle desnucado y muerto. No hubo en toda la comarca quien no pensara y dijera, que fin tan desastrado era castigo del cielo por el afectado quebrantamiento de la guarda de los dias festivos; y, tras pasos, diligencias y trabajos para que enterraran al muerto en sagrado, y tras recoger su herencia unos sobrinos que tomaron posesion de sus haciendas, nadie se acordó ya de la filosofía ni de la persona del propietario.

Mas, pasado algun tiempo, sucedieron al ol-

vido las preocupaciones y los temores, y al silencio la charla, no de las comadres, sino de los campesinos más honrados y formales de aquel rumbo. Los vaqueros que conducían ganado á los potreros de Rancho Nuevo, protestaban, haciendo la señal de la cruz, que un hombre de ancho sombrero de palma con enorme toquilla de plata, vestido de calzoneras azules, con botanadura también de plata, y retorcida y tiesa por detrás la coleta; que el muerto, para no cansar á Ustedes, el muerto en persona, montado en el rucío de marras, les había salido de entre unos árboles llamados xícaros (tan corpulentos como los robles y parecidos á estos en el tronco), espantándoles con tremendas carreras y estupendos y ronquísimos gritos el ganado, que se desperdigó por el monte como si hubiera visto al diablo. Agregaban que, habiendo congregado con muchísimo trabajo las reses dispersas, volvió á salirles el muerto con los mismos gritos y carreras, en un punto llamado "La Raya," causando el propio terror á los animales y azorando un poco más á los conductores.

Por de pronto el azoramiento de los vaqueros solo se comunicó á las viejas y á los niños, participando de él los sobrinos del muerto, por

aquello de que, si no lo estaba el tío, podía fallar la herencia. No pararon los tales sobrinos hasta escarbar el hoyo en que fué sepultado el ranche-ro y cerciorarse de que los gusanos le llevaban comida una buena parte, con lo cual les volvió el calor al cuerpo, y siguieron oyendo hablar del aparecido como quien oye llover y no se moja. A todo esto, los muchachos más guapos y de mejores caballos de las rancherías inmediatas, habían correteado al del rucío, queriendo inútilmente alcanzarle, y desesperándose al ver su destreza y la diabólica agilidad de su animal. Los ganados eran ya diariamente dispersados por la aparición y los gritos del "amo;" las reses se desbarrancaban, y los vaqueros ajustaban sus cuentas y se despedían.

No podía esto durar así, y el mayordomo ó administrador de Rancho Nuevo, mallorquino que frisaba en los cuarenta, hombre de alma ⁴⁰atravesada y tan buen jinete como el difunto, ofreció traer á éste de la coleta ó quitarse el nombre, si para su expedición le daban el famoso caballo "Enaguas blancas," casi de tanta ley como el rucío. En pláticas sobre tal tema hallábanse sobrinos y mayordomo, cuando un amigo de los primeros, propietario de otro rancho cer-

ca de Actópam, y jóven de reconocido y temerario valor, vino á terciar en el asunto, pidiendo como un favor que se le dejara á él mismo obrar libremente. Sabía que el muerto iba algunas noches á mecerse suspenso del portalillo ó tinglado de una casita, á un cuarto de legua de Actópam; de consiguiente, para cogerle no había necesidad de fatigar á un cuadrúpedo de la categoría de "Enaguas blancas;" y él se comprometía á echar garra al "amo" en el expresado portalillo, exigiendo únicamente que no le espantaran la presa. Los sobrinos, no sin disgusto del mallorquino, convinieron en que la aventura fuese llevada á cabo por Don Encarnacion, que así se llamaba el jóven rancharo.

Cuando éste llegó á la consabida casita, forrado el estómago con una gran copa de refino, y recién amolado el machete, pardeaba ya la tarde de un hermoso día de Junio, y la luna aparecía en Oriente prometiéndole noche clara y serena. Los habitantes de la casita la abandonaban con todo y trastos desde que anochecía, para no ver ni oír al huésped, quien, por lo demás, prudente y medido como rara vez lo son los huéspedes, nunca pasaba del corredor, permaneciendo en él poco tiempo. De una viga madre que

allí había atravesada, colgábase el "amo," dándose dos ó tres columpiadas, á cuyo impulso se estremecía la casa; y en seguida montaba á caballo y se iba con la música á otra parte. El tinglado y la casita toda eran de otates.

Don Encarnacion tuvo á mengua admitir compañía, diciendo, y, lo que es más, creyendo que él se bastaba para tan poco. Llegado á la casucha, ató su caballo en el exterior, á espaldas de ella; reconoció el filo de su machete rebanándose la callosidad de una de sus manos; cantó, silbó, tosió, escuchó; contempló la luna que brillaba en árboles y arroyos, y acabó por aburrirse cuando aún no era la media noche. Midió con la vista el corredor en que acostumbraba pasearse el hombre de marras; formóse en una de las extremidades, con cuilotes secos, una especie de cama en que se acostó, sirviéndole de almohada el sombrero, y dejando á un lado el machete, sin vaina, para que estuviese más listo; y aún se hallaba á punto de dormirse, cuando una brisa fría, la altura de ciertas estrellas y el canto del gallo, le hicieron calcular que serían las dos de la mañana, hora en que acostumbraba llegar el del rucio á la casita.

Oyó á poco, efectivamente, el galope del ca-

ballo y un grito que, sin duda por lo ronco y destemplado, le heló la sangre en las venas, mándole casi todo el ánimo que sin esfuerzo había atesorado. Ojos se volvió, sin embargo, para ver desmontar al "amo," quien, atando al rucio del cabestro —no sin que la bestia de Don Encarnacion rompiera el suyo y echara á huir por el campo,—penetró bajo el tinglado en el corredor, dándose en él dos ó tres paseadas, sin que pareciese notar la presencia del jóven.

—Luego que se vaya á mecer —dijo éste para sí— le meto el machete.

Como si hubiese querido el hidalgo facilitarle la ejecucion de su idea, colgóse de la viga del tinglado y se dió un par de mecidas, haciendo crujir todo el techo cual si reinara un terremoto. Un rayo de luna le daba en la coleta, más liada y tiesa que nunca. El jóven empuñó el machete y se quiso levantar de la cama; pero no pudo.

—Cuando torne á pasearse y llegue cerca de mí (pensó en su interior), le envaso.

El hidalgo soltó la viga y volvió á pasearse. Sonaban sus enormes espuelas de rodaja en el piso de tierra y piedra del corredor. Al acercarse al jóven, sentóse éste en la cama; pero dióle

en las narices un tufo como de sepulcro acabado de abrir, y que le causó cierto mareo y descoyuntamiento inexplicable. Avergonzado de sí mismo, se propuso formalmente acometer al hidalgo á la segunda vuelta; pero á la luz de la luna vió que sus mejillas estaban muy hundidas, y hasta habría podido jurar que tenían tierra. Entretenido con estas observaciones, ni se levantó, ni hizo uso de sus manos; omision gravísima y trascendental, pues desde la siguiente vuelta, el hidalgo clavó en él una mirada verdaderamente satánica, que le hizo sudar frio y cernerse en la cama de cuilotes, como si le fuera á entrar calentura. Tornó á verle el hidalgo cuantas veces se le aproximó en sus paseos, y cansado el jóven de batallar con su propio miedo, entregóse á éste sin reserva, no pudiendo hacer la señal de la cruz por tener engarabataados los dedos, ni rezar en voz alta la letanía por habérsele secado las fauces.

Esto duró así hasta las primeras luces del alba, pues al verlas, el hidalgo dióse una nueva mecida que hizo crujir nuevamente la casa y juntar casi el techo con el piso; lanzó un segundo grito, montó, galopó y desapareció. Hasta entónces volvieron á cantar los gallos.

A eso de mediodía, el jóven, enfermo de fiebre, fué llevado de la casita á su rancho, en un tapextle, y el campo quedó libre al mallorquino, quien se lamía los labios al figurarse que ya asía de la coleta al hidalgo. "Enaguas blancas" fué cuidadosamente bañado, cepillado y herrado de nuevo, acostumbrándosele, además, á bultos, sombras, gritos destemplados y cuanto pudiera espantarle.

El día designado para la nueva aventura, desde muy temprano, cuatro rancheros de los más osados, con quienes se había puesto de acuerdo el mayordomo, ocuparon las dos gargantas por donde únicamente se podía salir del valle, de cerca de una legua de extension, en que acostumbraba aparecer el hidalgo. Tomadas las demás medidas de precaucion que eran del caso, á eso de las nueve de la mañana despachóse una punta de ganado con sus respectivos vaqueros, yendo á la cola el mallorquino montado en el famoso "Enaguas blancas," desnudo y pendiente de la muñeca por medio de una fuerte correa, el corvo, afilado y reluciente sable, y terciada en el diestro brazo una escopeta vizcaina cargada con bala de catorce adarnes, amén de las postas.

Poco habían andado del valle, cuando, de entre los consabidos xícaros, con el acostumbrado ardimiento salió el hombre del caballo rucio, echando éste sobre el ganado, que á su ademán y á sus gritos, instantáneamente dispersóse en todas direcciones, siguiendo su ejemplo los vaqueros con más miedo que vergüenza.

Ver al hidalgo á unas cuantas varas, espolear á "Enaguas blancas" el mallorquino, y echársele encima, fué todo uno, asestándole á la cabeza un tajo tal, que, á alcanzársela el sable, se la hendiera como si fuese de mantequilla. Pero barrióse el hidalgo con todo y rucio, y, á guisa de quien trata de evitar pendencia, cruzó como exhalacion por el llano, sin volver siquiera el rostro á su contrario. Cuando apenas habría avanzado quince varas, paró éste el caballo, púsose al carrillo la escopeta, é hizo fuego. Tenía ojo y pulso muy certeros el mallorquino, y fama de partir las balas en el filo de un cuchillo: seguro quedó, además, de haber embutido al hidalgo la bala con su acompañamiento de postas entre los dos hombros, pues hasta le vió humear la chaqueta; no obstante lo cual, ni vaciló el perseguido, ni interrumpió un punto su carrera.

Prosiguió la suya el mayordomo, poniéndose

mal de espanto interjección

casi á la línea de aquél, y tratando de asir de las riendas al rucio; pero hubo de ver tan fea cara al hidalgo, que desaprovechó la ocasion sin quererlo.

Llegados á una de las gargantas del valle, los dos rancheros en ella apostados á caballo, trataron de cerrar el paso al del rucio; pero, á sus gritos, se espantaron las cabalgaduras de aquellos, y, tascando el freno, se los llevaron á gran distancia de allí.

Solamente "Enaguas blancas" y su jinete parecían curados del mal de espanto. Sin cejar un punto en la carrera, seguían incansables al hidalgo, quien les sacaba solamente uno ó dos cuerpos de ventaja. Oía el mallorquino la fatigosa respiracion del rucio, y, por otra parte, aquella escena debía tener próximo desenlace. El llano terminaba al frente, en la falda de una montaña basada en estupendas masas de pedernal, y espesísimos bosques se extendían á derecha é izquierda. Rasgó el mallorquino de una espolada los ijares á "Enaguas blancas," y, dando éste una salida más fuerte, asió aquél de la coleta al del rucio, lanzando una interjección, hija de varios padres, pues debieron engendrarla á un tiempo mismo el júbilo, el miedo, la sorpresa y áun el terror.

Cualquiera de Ustedes daría por cogido al hidalgo, sin figurarse que la presa del mallorquino se redujo á la coleta, que se le quedó en la mano, desapareciéndose hidalgo y rucio entre los peñascos de la falda de la montaña, como si fueran sombras, ó como si se los hubiera tragado la tierra.

Con un palmo de narices, y dando al diablo la fiesta, quedó el hijo de las Baleares, en la actitud y circunstancias de aquel personaje de una comedia antigua, que exclama ante su soberano:

"Hé aquí, señor, el turbante
Del moro que cautivé;"

y que, al preguntarle el rey por el moro, agrega:

"...;El moro se fue!"

Y, como llegaron en esto los rancheros, ya repletos del susto, y el mallorquino, refiriéndoles lo acaecido, tratara de enseñarles la coleta, sintió que le quemaba los dedos, y la arrojó al suelo. ¿Ven Ustedes cómo se consume el tiro de este cigarro habano? Pues así, y apestando á azufre, se carbonizó la consabida coleta, sin perder su forma, y sin que en el lugar en que ardió volviera á nacer yerba.

Los rancheros se santiguaron admirados, y la

comarca toda quedó más amedrentada que nunca; lo cual no impidió, sin embargo, —vean Ustedes lo que es el carácter nacional— que, algún tiempo después, nadie conociera al mallorquino sino por el apodo de "El hombre del turbante."

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

VI

A dos dedos del abismo.

Sin aguardar señales de aprobacion ó desaprobacion de parte de su auditorio, y apenas tomándose el tiempo necesario para escupir, prosiguió así el capitán:

—Horribles como son algunas de las peripecias de este cuento, han de saber Ustedes que no hizo mayor impresion en el ánimo de una persona que ha figurado en México en altos puestos públicos, dotada de talento, instruccion y sensibilidad; persona que llamaba la atencion por la irascibilidad de su carácter, por el fuego de su imaginacion, por la viveza con que gesticulaba al hablar, y tambien —preciso es que lo agregue— por cierta nobleza en sus ideas y acciones, de que se hallaban en los primeros

tiempos de nuestra independencia no pocos tipos, que van ya desapareciendo casi por completo, y que á la vuelta de quince ó veinte años tendrían que sentar plaza de necios y que morirse de hambre.

El Marqués del Veneno —llámole por su nombre de batalla, que le había sido puesto por sus amigos á causa de la vanidad que fundaba en su prosapia, y de la facilidad con que se encolerizaba;— el Marqués del Veneno, digo, era hijo de un abogado de la Real Audiencia, y había presenciado las últimas pompas y los primeros sinsabores formales del vireinato, pues justamente, aunque imberbe todavía, tomaba chocolate con Iturrigaray, hablándole de las reformas introducidas en los obradores de paño de Querétaro, cuando los comerciantes españoles, recelosos de la conducta de su paisano y gobernante, entraron á amarrarle con toda la urbanidad posible en tal lance. Educado nuestro jóven en las oficinas de aquella época, nadie le igualaba en el corte de la casaca azul ó verde con botones dorados, ni en la elegancia con que su lavandera almidonaba los puños y pechera de su camisa de batista. Limpia, y aunque fuese de jaman, la habría querido en sus últimos años, en que le vi con-

comarca toda quedó más amedrentada que nunca; lo cual no impidió, sin embargo, —vean Ustedes lo que es el carácter nacional— que, algún tiempo después, nadie conociera al mallorquino sino por el apodo de "El hombre del turbante."

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

VI

A dos dedos del abismo.

Sin aguardar señales de aprobacion ó desaprobacion de parte de su auditorio, y apenas tomándose el tiempo necesario para escupir, prosiguió así el capitán:

—Horribles como son algunas de las peripecias de este cuento, han de saber Ustedes que no hizo mayor impresion en el ánimo de una persona que ha figurado en México en altos puestos públicos, dotada de talento, instruccion y sensibilidad; persona que llamaba la atencion por la irascibilidad de su carácter, por el fuego de su imaginacion, por la viveza con que gesticulaba al hablar, y tambien —preciso es que lo agregue— por cierta nobleza en sus ideas y acciones, de que se hallaban en los primeros

tiempos de nuestra independencia no pocos tipos, que van ya desapareciendo casi por completo, y que á la vuelta de quince ó veinte años tendrían que sentar plaza de necios y que morirse de hambre.

El Marqués del Veneno —llámole por su nombre de batalla, que le había sido puesto por sus amigos á causa de la vanidad que fundaba en su prosapia, y de la facilidad con que se encolerizaba;— el Marqués del Veneno, digo, era hijo de un abogado de la Real Audiencia, y había presenciado las últimas pompas y los primeros sinsabores formales del vireinato, pues justamente, aunque imberbe todavía, tomaba chocolate con Iturrigaray, hablándole de las reformas introducidas en los obradores de paño de Querétaro, cuando los comerciantes españoles, recelosos de la conducta de su paisano y gobernante, entraron á amarrarle con toda la urbanidad posible en tal lance. Educado nuestro jóven en las oficinas de aquella época, nadie le igualaba en el corte de la casaca azul ó verde con botones dorados, ni en la elegancia con que su lavandera almidonaba los puños y pechera de su camisa de batista. Limpia, y aunque fuese de jaman, la habría querido en sus últimos años, en que le vi con-

sumirse de miseria y desesperacion, sin tener una compañera que endulzara sus cuidados, pues, ¡cosa singular! las mujeres, que, por regla general, nunca se paran en las malas circunstancias de un hombre casable, no se resolvieron á sufrir las consecuencias del bilioso carácter del Marqués; y éste, que, así arreglaba una partida de campo ó de baile, como formulaba un plan de hacienda ó urdía una conspiracion, jamás pudo hallar su mitad en el sexo femenino; lo cual —de paso sea dicho— no deja de redundar en honra de las doncellonas de mi tiempo, que no parecían avenirse tan mal á su estado como las de hoy.

Pero me desvié y desvíe de mi asunto, costumbre que contraí desde que fui ayudante del General Victoria, quien, como Ustedes sabrán, una vez que tomaba la palabra, ni la soltaba, ni por mal pensamiento procuró jamás ligar su última idea, no digo ya con la primera, pero ni con la penúltima de su discurso. Ahijado suyo de pila era el Marqués, no sé por qué circunstancia, aunque no heredó la incoherencia de la frase ni las ideas políticas del padrino, á quien, por lo demás, profesaba sincero afecto, bien correspondido del General, quien no se hallaba sin

su *chaqueta*, apodo con que designaba al ahijado. Y era de ver á éste en palacio, durante la presidencia de Victoria y cuando el General era nada ménos que el jefe y el ídolo de los yorkinos, en disputa animadísima y casi constante con ellos y hasta con su patron, acerca de si Lemaur llegó ó nó á comer ratones en Ulúa; de si España conservaba ó había ya perdido el derecho que los tratados de Córdoba le reservaron de darnos un monarca á su gusto; y de si los distintivos y el traje del rito escocés, á que él pertenecía en cuerpo y alma, eran más vistosos ó ménos extravagantes que los que usaban los afiliados en las logias del rito de York, que acababan de ser fundadas por Poinsett y que constituían, como si dijéramos, la novedad del día. Exaltábase el ahijado en las disputas, poniéndosele amarillas las pupilas, que eran verdes en estado de reposo; echando espuma por los labios y dando fuertes puñadas en las mesas, no sin amenazar con el triunfo de su propio partido, y el exterminio de sus contrarios. Pero si alguno de éstos le sacaba de aquel terreno, trasplantando la disputa al campo de la ciencia ó de las modas, y disertando sobre el número de patas de una mosca y el buen ó mal gusto de los

pantalones que empezaban á usarse en Francia con trabillas, todo el ardor y la vehemencia empleados por el Marqués en sus altercados políticos, venían en auxilio suyo en la nueva cuestion. Poseía un excedente normal de bilis en el estómago, y necesitaba de la controversia para darle salida, tal como el fuego subterráneo necesita abrirse respiraderos. Comprendiéndolo así los albañiles y dignidades del rito de York, no se daban por lastimados de sus injurias, limitándose á presentarle un vaso de agua cuando el exceso de su exaltacion podía orillarle á un caso de hidrofobia. Por otra parte, el ahijado era hombre franco y leal hasta el quijotismo; no mentía ni de chanza; tenía una palabra más firme que el Peñon de los Baños, y no podía ver una necesidad sin tratar de remediarla; todo lo cual le hacía estimable á sus mismos contradictores.

Iba yo á decir —y por poco no llego á hacerlo— que, ahijado él, y ayudante yo del presidente Victoria, quien tenía, despues de todo, un excelente corazón, nos veíamos y juntábamos con frecuencia en palacio, y no sin mútua mortificacion, por ser ámbos aficionadísimos al uso largo y exclusivo de la palabra, de lo cual

resultaba, como dijo una vez Don Andrés del Rio, que no éramos elementos afines, sino opuestos. Pero sucedió que cierta noche en que, á consecuencia de una disputa más acalorada todavía que de ordinario, mi hombre se vió amagado de una especie de epilepsia que le dejó sin alientos de hablar durante diez ó doce minutos; aprovechando yo su forzado silencio, y con motivo del rumor de una aparicion nocturna que solía espantar al ayudante de guardia, le espeté de cabo á rabo la tradicion del "Hombre del caballo rucio," que Ustedes acaban de oír. No obstante la viveza de su imaginacion y el interés que tomaba al hablar ú oír hablar de sucesos y de cosas de mucha menor importancia, las columpiadas del muerto en la viga madre de la casa del rancho, y el espontáneo incendio de su arrancada coleta, halláronle indiferente y frio. Esto no pudo ménos que chocarme, y manifestándole mi extrañeza, me dijo:

—Acabo de verme en un lance mucho más terrible que el del hombre que quiso atrapar al del caballo rucio. Los espantos de los vivos son mucho más serios y terribles que los de los muertos; y aunque yo jamás he creído en estos últimos, todavía estoy azorado de resultados de aque-

llos. Sepa Usted, señor capitán, que acabo de verme á dos dedos del abismo... Sepa que he estado á punto de casarme por compromiso!

—¿De casarse por compromiso? le pregunté, no comprendiendo el sentido de la frase.

—De casarme por compromiso, ni más ni menos, volvió á decir; y, limpiándose los labios que aún guardaban la espuma de su postrer cólera, y desabrochándose la pechera del uniforme, ó desarreglándome el cinturón de cuero de la espada y dándome fuertes puñadas en el pecho, según lo requería el curso de su narración, refirióme, durante más de dos horas, lo que, comprendiendo ó sintetizando, como decía un amigo mio que se preciaba de lógico, voy á contar á Ustedes en unos cuantos minutos.

Lo sustancial de mi historia es que el Marqués del Veneno era un hombre casable, ó casadero, como hoy se dice; que los padres le creían buen partido para sus hijas, y que él, en mi concepto, hizo mal en no tomar la esposa que entonces se le proporcionaba; pues mejor le habría estado casarse por compromiso, que consumirse de solterón más tarde contra su voluntad, por no haber hallado mujer que le quisiese. Sentado esto, entrémos en materia.

Repito que era el Marqués un excelente partido, al ménos en lo ostensible. Hijo de una familia muy decente, jóven bien apersonado, elegante y de esmerada educación, abrigaba ideas religiosas y nobleza de alma, según he dicho. La irascibilidad de su carácter aun no era notada sino de las personas que le tratábamos muy de cerca, y en la apreciación de la sociedad en general, pasaba por viveza y fogosidad juveniles. Ni era de despreciarse la circunstancia de estar empleado con buen sueldo en un ministerio, no obstante ir ya de baja los escoceses; ni se ignoraba su parentesco espiritual con Don Guadalupe, de quien todos creían que le haría seguir subiéndome más que de prisa.

Concurría el Marqués casi todas las noches á la tertulia en que reunía en su casa á lo más florido de la capital, la señora Rodríguez, tan famosa por su belleza como por su trato, y que parecía hallarse entonces en todo el brillo de su primera juventud, no obstante que á principios del siglo había recibido ya en sus aras el incienso de la adoración de un ilustre sabio, el barón de Humboldt, quien, poniendo por algunos días en olvido las alturas barométricas de los Andes, solo se acordó de los osos más estupendos de aquellas

montañas, para imitarlos, con más ó ménos gracia, ante beldad tan peregrina.

Era esa la época de la bachillería en las mujeres, y si Molière hubiese vivido y venido entón-cés á México, habríase convencido de que gastó inútilmente tinta y tiempo en sus "Femmes savantes," al ménos por lo que respecta á las nues-tras. Así se hablaba en el círculo femenino de la tertulia de política y de historia natural, como de las últimas composiciones poéticas de Arriaza y de los discursos del Doctor Don Servando Teresa de Mier en el Congreso; y no era raro oír á las más eruditas, tan pronto recitando el *Pater Noster* en inglés, como respondiendo con versos latinos á las galanterías de sus adoradores. De tales flaquezas se hallaba exenta, como mujer de buen gusto, la señora de la casa.

Distinguíase entre las concurrentes á la tertulia, una jóven cuya belleza era proverbial y había conquistado el cetro de la moda en México. Vacía de seso, como el busto de la fábula, había seguido la corriente del gusto, dándose á cultivar lo que llamaba, sin duda por ironía, las bellas letras. Incapaz de raciocinar en prosa, según decía ella misma, hacía lo facilísimamente en verso, y sus labios eran una cornucopia de sonetos,

madrigales y letrillas glosadas, muy en boga á la sazón. Leyendo un dístico que acababa de componer á un perrito suyo de Chihuahua, la conoció el Marqués; y aunque deslumbró su belleza, la impresion poco favorable que le produjo su *intelecto*, influyó no poco en el curso de los sucesos en que figuraron despues entrambos como actores. Repito que la belleza de Loreto era extrema; y ya Ustedes se figurarán si sería ó nó numeroso el séquito de sus adoradores, y si llevando ella, como llevaba, el cetro de la moda, y teniendo que presentarse, como si dijéramos, á la altura de su posicion, mi señor Don Raimundo del Monte, antiguo catedrático de química, hombre respetable, aunque de escasa fortuna por no haber descubierto el secreto de la cristalización del diamante, y padre de Loretito, tendría pocos ó muchos calentamientos de cabeza para subvenir á los gastos del bien parecer de su retoño.

Bella y ligera la Loretito, y jóven no mal apersonado y de brillante porvenir el Marqués, la legion de solteras, que, ya que no han podido casarse, se consuelan y distraen haciendo ó desbaratando bodas, no tardó en advertir y comunicarse que estaban los dos apropiadísimos el

uno para el otro. Era sociable y hasta galante el del Veneno, y no podía decentemente eximirse de rendir el tributo de su natural cortesanía á la hermosa, objeto de las atenciones y los suspiros de toda la parte masculina de la tertulia. Presto se comenzó á decir en ella, por lo bajo, que el Marqués se inclinaba decididamente á la jóven. Ésta llegó á creerlo, en fuerza de oírlo, aunque ninguna de las brillantes flores que regaba á sus piés el empleado de hacienda, ofreciera indicios de cuajar en la forma del más pequeño fruto; y, lisonjeada de recibir entre tantos homenajes los de un mancebo del mérito de mi protagonista, dejóse decir, como luego dicen, y hasta por medio de ojeadas, sonrisas y golpes de abanico, dió á entender que no le era del todo indiferente el ahijado de su padrino, como en tono joco-serio llamaba á Don Guadalupe entre sus amigas.

Así las cosas, y siendo la señora de la casa mujer de mundo, y enemiga de que surgiera el menor disgusto entre sus tertulianos, llamó cierto día al del Veneno, y le habló en estos términos:

—Que Usted se inclina á Loreto, cosa es que dicen cuantos concurren á mi casa. Que ella no pone á Usted malos ojos, Usted lo habrá notado

primero que nadie. Sentados estos preliminares, yo me tomo la libertad de preguntar á Usted, con el carácter de amiga suya y de la familia de esa jóven, si realmente Usted la ama.

Aquí el Marqués giró sobre sus talones como si una víbora le hubiese mordido las corvas, y, tirándole ya las pupilas de verdes á amarillas, exclamó, accionando vivamente con las manos:

—¡Cómo, señora! ¿Conociéndome Usted, y sabiendo mis ideas acerca de su sexo, ha podido figurarse que yo me fijara sériamente en Loreto? Cierto que es muy hermosa; pero esto por sí solo no basta á la felicidad doméstica, que se debe basar en el mérito real de la mujer, en sus disposiciones hacendosas, y, sobre todo, en la conformidad de caracteres y en la mútua simpatía, que aquí no existe ni puede existir, puesto que Loreto me es antipática.

—Así me lo figuraba yo, y por ello he querido tener con Usted esta conversacion á solas, para excitarle á no fomentar, ni siquiera indeliberada ó involuntariamente, el chisme que se ha levantado. Ella es incapaz de enamorarse ni de Usted ni de nadie; pero su familia tampoco puede sostenerle el lujo que gasta, y se halla en el caso de darle á todo trance un marido que car-

gue con la petaca. Se le presentan ahora varios partidos ventajosos, y acaso Usted le espante la caza si da lugar á que las gentes sigan diciendo que la enamora. Por otra parte, habladurías de este género suelen comprometer á hombres pun-donorosos y delicados como Usted, y á más de uno conozco que las llora tan gordas por no haber sabido huir de un mal paso á tiempo!

El Marqués, midiendo con la viveza de su imaginación el abismo de que procuraba apartarle la señora, no pudo ménos de abrazarla en señal de gratitud, lo cual no importaba, ciertamente, un sacrificio; y, á consecuencia de esta conversacion, desde esa noche evitó hallarse en la tertulia en el círculo formado en torno de Loreto, para no tener que dirigir la vista ni la palabra á la reina de la moda.

Pero, como toda persona de más imaginación que juicio, tratando de evitar un escollo, fué á tropezar en otro, viniendo así á ahogarse en la propia agua. Esmeró su jovialidad y sus galan-terías con otras jóvenes más ó ménos hermosas ó feas; y la malicia humana, representada en no escasa dosis en la tertulia, mirando el desvío del Marqués respecto de Loreto y sus asíduas atenciones hácia otras, dedujo que había habido

un rompimiento, ó, por lo ménos, alguna de aquellas tempestades de verano tan comunes en el vaso de agua de los amantes, y tras las cuales aparece más tierno que nunca el cariño bajo el iris de la reconciliacion. A procurarla cuanto ántes se convirtieron los esfuerzos de todas las gentes caritativas de la tertulia, dividiéndose en comisiones diplomáticas la tarea, y yendo á hablar las unas á Julieta y las otras á Romeo. En vano aquella manifestaba —no sin algun despecho, por lo desairado que ella misma estimaba su papel— que no había habido ni afeccion ni desvío de parte del Marqués. Perdió éste la calma al oír hablar del asunto, y, viendo el color amarillo de sus pupilas los que trataban de inculcarle la conveniencia de hacer las paces, se dijeron, y dijeron á los demás, que debía haber sido grave la causa del rompimiento. Para no cansar á Ustedes, el Marqués desertó de la tertulia, creyendo que éste sería el único modo de poner fin á la charla y la importunidad del prójimo.

No iba descaminado en tal creencia, y á los quince ó veinte dias nadie hablaba ni se acordaba de la pasión ni del disgusto supuestos. El Marqués concurría á otras tertulias, ó prestaba

oído y paciencia algunas noches á la conversacion de su padrino el Presidente; y Loreto, más incensada y cortejada que nunca, empezaba á comprender, con aquel instinto que en las mujeres nunca falta de los veinte á los veinticinco años, que de toda la turba de papamoscas que la seguía, no se sacaba un marido de buena manera; por cuya razon, sin duda, iba ya poniendo buena cara á un gallego abarrotero vecino suyo, bastante rico, que parecía hundir la tierra cuando andaba, y que se volvía un almíbar al nombrar á *Lurelito*.

Así las cosas, cierta noche de luna que el Marqués se paseaba por el atrio de Catedral, luciendo el frac azul y los guantes de cabritilla color de fuego, y blandiendo ante las hermosas un finísimo junco, cual si quisiera azotarlas, vió venir á su encuentro á Don Raimundo del Monte, anciano de venerable aspecto, según creo haber dicho; quien, poniéndole la mano en el hombro izquierdo, después de estrecharle ambas suyas con cierta efusion de cariño y confianza no comunes en él, comenzó en el curso de la conversacion á informarse, con el mayor interés, de la posicion actual, de las esperanzas de mayor adelante, de los gustos y costumbres domésticas

del Marqués, y del estado de su corazón, como provocando de parte suya una explicacion cuyo giro tenía previsto. Díjole el jóven sin rodeos que se hallaba exento de toda inclinacion amorosa, y resuelto á prolongar indefinidamente su alegre vida de soltero, disfrutando de las distracciones que á un hombre de su edad y circunstancias podía proporcionar la residencia de tres ó cuatro años en Europa, á alguna de cuyas capitales contaba con ir, agregado á la legacion mexicana respectiva. Moviendo Don Raimundo la cabeza de izquierda á derecha, y guiñándole misteriosamente ambos ojos, se despidió del Marqués, diciéndole que tenía que hablarle de materia muy importante para los dos, y que á la noche siguiente se verían en un café que le designó, dándole cita formal para dicho lugar.

Algo inquieto con motivo de tal cita quedó el del Veneno, inclinándose á creer, después de muchas vueltas en la cama, que, habiendo llegado á oídos de Don Raimundo el rumor de sus supuestas relaciones con Loreto, se proponería el anciano saber de sus mismos labios lo que pudiera haber habido de cierto en el particular. Partiendo de tal hipótesis, el Marqués, cuya conciencia estaba del todo tranquila, se

proponía ser franco y leal con el anciano, exponiéndole toda su conducta en el caso, y hasta procurando disipar el mal humor que natural era hubiesen causado á Don Raimundo las habladurías de las gentes; habladurías á que el Marqués no creía haber dado el menor motivo. Así discurrendo, logró dormirse; y con el aire más tranquilo del mundo se dirigió, á otro dia, á la hora convenida, al lugar de la cita, considerándose, como el Caballero Bayardo, sin miedo y sin tacha.

De poco, sin embargo, habríanle servido la limpieza y la espada de Bayardo, y aún la del mismo Bernardo del Carpio, en la aventura que le esperaba. Instalóse en una de las mesitas más apartadas del café, y á breve rato vió llegar á Don Raimundo, que le saludó, y, sentándose á su lado, le habló en estos términos:

—Inútil es, amigo mio, el disimulo, tratándose de asuntos tan graves y trascendentales como el que Usted y mi hija traen entre manos; sin que esto quiera decir que yo desapruuebe la prudencia y reserva con que los dos se han conducido. Bien, es verdad, que así Usted como Loreto han llevado el disimulo y el secreto á un extremo tal, que. . . .

—Permítame Usted que le interrumpa, señor Don Raimundo, diciéndole que absolutamente no comprendo á qué asunto se refiere. . . .

—Amigo mio, Ustedes los jóvenes creen que con ponerse los dedos en los ojos tapan el sol para los demás. Pero, nosotros los viejos, todo lo vemos, descomponemos y analizamos: además, ¿qué no descubren la vista y la penetracion de un padre? Desde los primeros síntomas de la pasion de Usted hácia Loreto. . . .

—Pero, señor Don Raimundo, si no ha habido. . . .

—Nada indecoroso ni siquiera inconveniente en las relaciones de Ustedes, lo sé muy bien; ni podía ser de otra manera, tratándose de un cumplido caballero á quien la decencia y la nobleza de carácter vienen por ambas líneas, y de una jóven que, aunque me esté mal proclamarlo, ha sido perfectamente educada, ha leído mucho, y se sabe conducir en la sociedad. Decía yo, amigo Don Leodegario, que desde meses atrás no hubo necesidad de que nadie me soplara al oído: “Estos muchachos se quieren,” por ser cosa patente y que no me pasó inadvertida. Acostumbrado yo, sin embargo, desde jóven á la descomposicion y el análisis, pregunté á mi esposa:

“¿Se quieren?” y ella me contestó: “Así lo entiendo.” Volví á preguntarle: “¿Te ha dicho algo Loreto?” y me respondió: “Ni palabra.” Pasan días, y la mútua pasion de Ustedes. . .

—Deber mio es, señor Don Raimundo, advertir á Usted. . .

—Deber de Usted es oírme sin interrumpirme. Pasan días, y la mútua pasion de Ustedes, llegada á su apogeo, entra al crisol de la prueba. Usted se aleja de Loreto, y ella disimula. Las gentes insustanciales se dicen: “Han quebrado,” y yo digo: “Se desvían como los carneros, para embestirse con mayor fuerza.” Las gentes dicen: “El Marqués da señales de inconsecuencia y versatibilidad,” y yo digo: “Las da de ser más caballero y noble de lo que se cree.” Amigo Don Leodegario, ¿qué no descubren los ojos de un padre? ¿Qué hay en el mundo moral como en el físico, que resista á la descomposicion y el análisis? A poco de aislar y examinar los elementos ó sustancias componentes de tal negociado, la verdad se precipita y aparece en el fondo de la vasija. ¡Lo sé todo, lo veo todo, como si se tratara de una cristalización! Usted, delicado y pundonoroso hasta el quijotismo, sabiendo que el comerciante en abarrotos, Ledesma,

pretende á Loreto, y considerándose relativamente pobre, se ha dicho: “No sea yo obstáculo al actual bienestar y áun al mejoramiento de posicion de esta jóven,” y se ha repentinamente retirado del campo. Loreto, á su turno, ofendida de que Usted la crea capaz de sacrificarle en aras del interés, se ha propuesto darle celos, fingiendo admitir los homenajes que Ledesma le rinde en forma de pasas, almendras, bacalao y cajas de vino. Todo ello, lo repito, es muy claro; mas constituye un juego que no se podría prolongar sin peligro, y al cual ya he dado punto por lo que respecta á mi hija. No faltaba sino que el porvenir de Usted y el de ella estuvieran á merced de los impulsos del amor propio iritado; no señor: que Ledesma se guarde sus pesos, ó los tire festejando á alguna gallega paisana suya; y que la honrosa medianía, acompañada de un carácter noble y de la cortesanía y finura que á Usted distinguen, se lleve la palma del triunfo. ¡Abajo Galicia, y viva México!

—La completa equivocacion en que Usted incurre. . .

—Amigo mio, quien, como yo, descompone y analiza, nunca ó rara vez se equivoca. Anoche reuní á mi mujer y á mi hija, y á fin de ave-

riguar la verdadera disposicion de ánimo de la segunda, me valí de este ardid: "Loreto, le dije: Don Leodegario me pide tu mano. ¿Qué debo contestarle?" Aquí fué el ponerse como amapolas madre é hija, abrazándose mutuamente, y respondiéndome Loreto: "Yo estoy dispuesta á lo que Usted determine." — "Pero, ¿le amas?" volví á preguntarle. — "Sí, le amo," agregó ella bajando la vista. Conque la incógnita, amigo mio, quedaba despejada; y solo faltaba hacer lo que hice esta mañana y lo que estoy haciendo ahora, á saber: intimar al señor Ledesma que desista de sus pretensiones respecto de una jóven que debe casarse con otro dentro de pocos dias, y decir á Usted, que los padres de Loreto, apreciando debidamente la nobilísima conducta del pretendiente de su hija, ponen á ésta en sus manos, ahorrándole explicaciones y pasos que son molestísimos al amor propio, y deseando á entrambos unidos, una vida más larga que la de Matusalem, y una descendencia más numerosa que la de Jacob.

—Pero, señor Don Raimundo. . . .

—No hay peros ni aguacates que valgan. Usted es muy dueño de creerse indigno de Loreto y de rehusar la dicha por que anhela su corazon;

pero yo tambien soy dueño de la suerte de mi hija, y quiero ligarla á la de Usted, y hacer á Usted feliz por fuerza. ¡Vamos, amigo Don Leodegario, que la cosa no tiene remedio! El Doctor Roman se ha comprometido á casar á Ustedes en el Sagrario; he ordenado á mi esposa que dé aviso de la próxima boda de Loreto á sus amistades femeninas, y yo estoy haciendo ya otro tanto con las mias masculinas. No hay quien no me dé las más cordiales enhorabuenas por la eleccion de yerno. . . .

Las pupilas del Marqués habían ido sucesivamente pasando del verde-alfalfa al verde-mar y al verde-tierno, para teñirse al cabo en el amarillo legítimo de la yema de huevo; á cuyo tiempo, no se sabe si con motivo de la extrañísima conducta de Don Raimundo que pretendía casarle á fuerza, ó más bien, por no haberle dejado el mismo Don Raimundo meter baza en la conversacion, se le llenaron de espuma blanca los labios, y, lanzando un recio bufido, cayó al suelo estremeciéndose en rudas convulsiones. Acudieron los mozos y cercaron los demás concurrentes al café, echándole buchadas de agua en el rostro; y, tratando de averiguar ellos la causa del accidente, díjoles el anciano, y así lo creía

Y él, que había sido motivado por un exceso de júbilo repentino. El Marqués fué llevado en un coche del sitio á su casa, prodigándole su presunto suegro los cuidados más exquisitos, y dejándole en manos de una señora grande que le asistía.

Cuando volvió en sí el del Veneno, se preguntó si estaba él loco, ó si Don Raimundo había perdido el juicio; ó si se trataba de comprometerle indignamente á un paso que no entraba en su voluntad ni en sus ideas, contando con su proverbial caballerosidad, ó con que sus alcances intelectuales y su energía fuesen mucho más limitados que los de cualquier hombre de mundo. Pero, á poco que con más calma se puso á examinar estas diversas hipótesis, fué las desechando una tras otra por absolutamente inadmisibles; y, en efecto, el juicio y la probidad del anciano, la honorabilidad de su familia, no obstante el pedantismo y las bachillerías de Loreto, y la reputacion de hombre despejado y cabal de que disfrutaba el Marqués, alejaban naturalmente cualquier sospecha á tales respetos. Nuestro protagonista se vió, pues, en la necesidad de atribuir lo que le pasaba, primeramente á su galantería con las damas en

general y con Loreto en particular; en seguida, á la necedad de ésta, que tomó por moneda constante las flores veraniegas que el sexo feo tributa á la belleza; despues, á las habladurías de las gentes que, convirtiendo al mosquito en elefante, hicieron comulgar con éste al anciano; por último, á las combinadas bondad y sandez de Don Raimundo, que, dando por cierta é indudable una inclinacion que no existía, se adelantaba espontáneamente á coronarla, contra todos los usos y conveniencias sociales, creyéndose bienhechor y siendo, en realidad, verdugo del favorecido.

Al obtener en el curso de su raciocinio esta deducccion lógica y natural, no pudiendo el Marqués, en rigor, indignarse contra álguien, se indignó contra su propia estrella; de lo que resultó que, durante seis ú ocho dias, los ataques nerviosos no le permitieron dejar la cama. En tal período de tiempo, no escasearon los amistosos recados de la esposa y de la hija de Don Raimundo, ni las visitas de éste á informarse de la salud del presunto yerno. Y aunque el Marqués tomó y abrigó durante una semana la resolucion de explicarse clara y rotundamente con el anciano, el sistema de éste, de cortarle la palabra,

creyendo que iba aquel á abrumarle con demostraciones de gratitud, y los paroxismos que la cólera causaba á Don Leodegario, impidieron de pronto la aclaracion, que el curso de los sucesos imposibilitó definitivamente poco despues.

Al salir á la calle el del Veneno, vióse materialmente asediado de todos sus conocimientos y relaciones, y no pudo dar diez pasos seguidos sin que álguien le detuviera preguntándole: ¿Conque se casa Usted? Y en vano trataba de negar la partida, pues todos á una voz le decían que Don Raimundo y su familia estaban dando aviso de la próxima boda á sus parientes y amigos.

Ni fué ménos penosa para el jóven su primera entrevista con la señora Rodríguez.

—¿Quién habría creído —dijole esta señora— que Usted me engañaba cuando me aseguró que no tenía la menor aficion á Loreto? De todas maneras, mil parabienes por el próximo enlace, y que Ustedes sean felices!

Trabajos y sudores tuvo el Marqués para explicar, ó, más bien dicho, referir lo que pasaba, confiando á la señora el secreto de su desesperacion y encargándole el mayor silencio. Ella

alzó las manos en señal de admiración, sin poder tampoco explicarse lo acaecido. Conviniendo, sin embargo, en que semejante casamiento no podía ni debía efectuarse, aconsejó al jóven que procurara tranquilizarse y escoger con toda calma el medio más prudente de salir de tan horrible atolladero.

No es de omitirse en mi narracion la entrevista casual del Marqués con el Presidente su padrino, ni el recurso que éste propuso al ahijado para conjurar el conflicto. Halláronse en una reunion habida en palacio, y como el General notara la palidez y los ojeras del jóven, díjole sin más rodeos:

—¿Qué tienes tú? Esa cara de pan crudo y esos ojos de azoramiento, acusan tus vigalias en las malditas logias escocesas que frequentas, y que, sin duda, conspiran contra la paz pública. La regeneracion política y social de México estriba en...

Sabiendo por experiencia el Marqués que esta frase sacramental, en boca de su padrino, era el introito obligado de una peroracion poco ménos que interminable, llevóle á un rincon de la sala y le confió sus cuitas, pidiéndole consejo.

—¡Hola, mi amigo! la cosa es grave, y yo en

tu lugar, apelaría lisa y llanamente á la fuga. El mayor inconveniente que yo pulso para estas bodas, es la igualdad de razas de los contrayentes. Tú conoces mis ideas sobre tal punto, y sabes que, segun ellas, nosotros los de sangre española debemos unirnos con las aborígenes, para que de esas uniones vaya resultando una raza especial y capaz de llevar á efecto la regeneracion social y política de la República.... Sobre todo, recordarás mi proyecto de matrimonio con una princesa indígena de Guatemala, proyecto que dió márgen á las burletas y habladerías de los chaquetas como tú; pero que si se hubiese realizado.... En resúmen, y abriendo aquí un paréntesis, te diré que, si el inconveniente de las razas no es bastante para hacer desistir á ese caballero de su propósito de casarte con su hija, ancho es el mundo, y sabio el consejo de un predicador amigo mio: "El que pueda escaparse, que se escape."—Existe, y debo creer que sin moradores, la cueva en que yo permanecí oculto y fuera del alcance de las garras de la tiranía, en los primeros tiempos de nuestra guerra de independencia. De igual género es la lucha que tú vas á emprender con Don Raimundo y su familia: vas á pelear por tu inde-

pendencia y libertad propias.... Pues á la cueva contigo, y que te saquen de ella si pueden, para casarte! Por penosa que sea la vida del anacoreta, es peor la del casado contra su voluntad. Conque, si te resuelves, te daré una carta para Zenobio, á fin de que te ponga en posesion de la cueva. Estoy casi seguro de que, á los ocho ó diez años de habitarla.... Mas, para entónces, la regeneracion social y política de la República será un hecho práctico, y tú nada tendrás que temer de la tiranía de tu presunto suegro.—Cierro el paréntesis, y voy á enseñarte el mandil de cuero que me ha regalado Mr. Poinsett, etc., etc.

Renegando del padrino y de sus ocurrencias, el Marqués se dirigió á la tertulia de la señora Rodríguez, donde llevaba muchas noches de no presentarse. A reserva de tomar una resolucion que le salvara, sintióse un momento atraído por tal reunion, como suele uno sentirse atraído por el abismo.

Las bujías de esperma, reproducidas en anchas lunas venecianas, derramaban una claridad verdaderamente diurna sobre el aterciopelado cútis de las señoras, quienes no se pintaban en aquel tiempo. Distinguió el Marqués á Loreto, y quedó deslumbrado ante su belleza, que era, en rea-

lidad, sobresaliente; dirigióse á saludarla, y ella le acogió con la inefable sonrisa de la prometida. ¡Oh si no hablara en latin y no hiciera versos! La aldeana más sencilla y ruda, con tal que posea las dotes rigurosamente femeniles de la gracia, la ternura y el pudor, tiene más atractivos, *es más mujer* á los ojos de los hombres, que la marisabidilla mejor recortada sobre el glorioso patron de las Staël y Sevigné. ¿Qué varon no se enorgullecería de llamar suya á una jóven tan hermosa como Loreto, animada realizacion de los tipos soñados por Fidias y Praxiteles en la edad de oro de las artes? Mas, por otra parte, ¿quién oye con calma, á la menor disputa en el hogar doméstico, entre la canasta de costura y la olla del puchero, el *Quousque tandem* de Ciceron, de los labios de la esposa enmarañada y con las medias caidas?

Todas estas y muchas más ideas revolvió en un instante la vivísima imaginacion del Marqués, á quien se apresuraron á ceder su asiento los petimetres que daban conversacion á Loreto. No hubo en la tertulia quien no los reputara moralmente casados, y quien no, con motivo de ello, felicitara al uno en presencia del otro; y cuando el del Veneno, despues de haber acom-

pañado hasta la casa de Don Raimundo á la novia y á la suegra, dando el brazo á esta última, como es de rigor, se retiraba cabizbajo y meditando para su hogar de hombre sólo, díjose, entrando en cuentas consigo mismo, que verdaderamente la reputacion y la felicidad de aquella familia, y su propio buen nombre, dependían de la boda, y que para eludir la no le quedaba otro recurso que el suicidio ó la fuga.

Cristiano viejo, rechazó como malo el pensamiento de poner fin á su existencia; y hombre de corazon, reflexionó que la fuga no podía serle honrosa; si bien, vista más de cerca la boda, empezó á creer que la idea de Don Guadalupe de apelar á la cueva y enterrarse en ella en vida, no era del todo extravagante ni desacertada. No hallando consuelo ni esperanza de salvacion en lo humano, acudió á más alta esfera, no solo encomendándose de todo corazon á Dios, sino dando á su devocion las más raras formas que suele revestir entre las gentes piadosas menos ilustradas. Viósele, por ejemplo, tomando en juéves agua bendita de ambas fuentes de la iglesia de Santo Domingo, á un tiempo mismo; poner boca abajo á una imágen de San Antonio, y hasta danzar al són de castañuelas en algun claustro,

delante de un lienzo que representaba á San Gonzalo de Amarante. Pero la Providencia no parecía poner mano en el asunto; el tiempo trascurría; los propietarios ofrecían sus casas vacías al novio, mediante buena fianza; los almonedores le proponían muebles, y los vendedores de objetos para donas le asediaban. Era preciso obrar.

A todo esto, ni una entrevista había tenido aún con Loreto acerca del proyectado matrimonio; la familia y los amigos lo sabían, y se explicaban tal conducta por medio de esta frase de estampilla: "Rarezas del Marqués."

Este, en una de sus muchas noches de insomnio y de cavilaciones, trazó y se resolvió á poner en práctica el siguiente plan. Un caballero como él, no podía dejar comprometidas y burladas ante la sociedad á una jóven del mérito de Loreto, á una familia tan respetable como la de Don Raimundo; en consecuencia, aceleraría el matrimonio, y, cuando lo hubiera efectuado, procuraría amoldar á su esposa á sus propios gustos é ideas, ó amoldarse él á los de ella: si ni lo uno ni lo otro era posible, realizaría sus pocos bienes, aseguraría con su producto los medios más indispensables de subsistencia á su mujer, y tomaría soleta hácia cualquiera de las otras

partes del mundo. En último caso, la cueva de su padrino debía estar desocupada, y le ofrecía seguro asilo. Al levantarse al día siguiente, hubo de sentirse más tranquilo, sin duda por efecto de la resolución adoptada; y con la energía nerviosa del condenado á muerte, que dice: "Vamos," y comienza á subir los escalones del patíbulo, propúsose ir inmediatamente á casa de Don Raimundo (á quien llevaba ocho días de no ver) para arreglar con él y con su familia —á la que tampoco había visto en todo ese tiempo— los indispensables preparativos del matrimonio.

Tomaba con tal objeto sombrero y guantes, cuando oyó ruido y altercado de voces en el corredor de su propia casa, y, abriéndose violentamente la puerta de su recámara, penetró en ésta Don Raimundo, de montera, en pechos de camisa, con el rostro pálido, los ojos desencajados, y una torta de pan en la mano. Penetró, repito; y sin decir al Marqués otras palabras que éstas: "Me persiguen," corrió á esconderse bajo la cama, trémulo y fuera de sí.

Ver esto el jóven, tomar una espada que tenía á la mano en un rincón, y salir de la recámara al encuentro de los perseguidores de Don Raimundo, fué obra de un instante.

Hallóse en la pieza contigua con Fabian, el criado de Don Raimundo, casi tan viejo como éste, y que traía consigo á dos cargadores sin más armas que sus cordeles. Preguntando el Marqués á Fabian qué significaba aquello, el fiel servidor llevóle aparte y le dijo:

—Se ha salido de casa el amo, contra las prevenciones del médico, y vengo á llevármele, pues la señora y la niña no quieren que ande solo en las calles.

Sin comprender todavía el del Veneno, jota de tal enigma, dirigió nuevas preguntas á Fabian, y al cabo supo que Don Raimundo, despues de algunos dias de estar dando indicios de enajenacion mental, había acabado por *correr*, y contaba ya média semana de encierro en su casa.

Explicóse entónces el Marqués la conducta de su presunto suegro hácia él, y vislumbró alguna esperanza de salvacion. Pero, movido de profunda lástima, y sin detenerse á pensar en sus propios negocios, fué á persuadir al anciano de la conveniencia de que se retirara acompañado de Fabian, lo que á duras penas logró.

En seguida se dirigió á la casa de la señora Rodríguez, quien recibióle con semblante afable y alegre.

—Iba á mandar llamar á Usted, le dijo, porque tengo cosas muy importantes que comunicarle. Ya sabrá Usted que el infeliz Don Raimundo está loco de remate. Pues bien, Loreto y su mamá, despues de haberse devanado los sesos en vano para explicarse cómo era que Usted no les había chistado una sola palabra acerca del casamiento, de que solo Don Raimundo les hablaba, tan luego como advirtieron que el anciano estaba trastornado, comprendieron todo lo demás, y yo las he confirmado en sus deducciones. No hay que decir si lo acaecido les causa mortificacion poca ó mucha, pues ya Usted lo calculará; únicamente, cumpliendo el encargo que me confiaron, declaro á Usted que le juzgan libre de todo compromiso, y que, además, le agradecen vivamente la prudencia y caballerosidad con que se ha manejado en tan espinoso y desagradable asunto.

—Es que yo no sería capaz —exclamó impetuosamente el Marqués— de dejar á una familia como ésta en una posicion ridícula. No, señora; puede Usted decir á Loreto, que decididamente y contra todo viento y marea, me caso con ella, y que esto ha de ser á la mayor brevedad.

—Marqués, no tiene Usted á Dios de pacien-

cia! Ya que se le abre una puerta, sálgase por ella sin volver atrás el rostro, y dése por bien librado. Por otra parte, aunque Loreto mastica el latín y hace dísticos, no es tan zurda como Usted cree, en esto de saberse conducir. Ha comprendido perfectamente su posición y su conveniencia, y una sola ojeada le ha bastado para atraerse á sus piés al comerciante en abarrotos, más rendido y enamorado que nunca.

—¿Cómo, señora! ¿Sería posible que Loreto....

—Loreto se casa con Ledesma ántes de ocho días.

¿Quién descifra el caos del corazón humano? El Marqués, que hacía un momento sentíase dichoso ante la sola idea del desbaratado matrimonio y de su propia libertad, sintióse contrariado y humillado al saber que Loreto le daba con tanta presteza su reemplazo. Pusiéronse amarillas las pupilas, volviéronle los ataques de nervios, y esto, sin duda, impidió que se echara á rondar la calle á Loreto como verdadero enamorado, y que desafiara á muerte á Ledesma.

Tuvo lugar la boda; y la sociedad mexicana, que nunca llegó á saber lo que había pasado bastidores adentro, habló durante un mes de las terribles calabazas dadas por Loreto al del Ve-

veno. Éste, pasado algún tiempo más, se calmó, y hasta llegó á comprender el beneficio que la Providencia le había dispensado; con cuyo motivo costeó un novenario solemnísimo á Santa Rita de Casia, por atribuir á su intercesión tal beneficio.

Ocho ó diez años después de estos sucesos, volví á ver al Marqués y conocí á Loreto. Hallé al primero cano, calvo, arrugado y desesperado de la mala suerte con que tropezaban todas sus pretensiones matrimoniales. La segunda estaba hermosísima de figura; y, aunque todavía con algunos resabios de pedantismo, muy torpe ya en el manejo del latín, y sin conato alguno de versificar. Ledesma había llegado á ser inmensamente rico, gozaba de la reputación de íntegro y hábil en los negocios, y habiendo, por pura casualidad, conseguido unas hormas regulares para su calzado, no parecían tan descomunales ni escandalosos sus piés. Media docena de chicos, á quienes la madre, por más esfuerzos que impendía, no lograba hacer pronunciar la *o*, alegraban el hogar de tan feliz pareja; y Ledesma, al montarlos en sus piernas y besarles la frente, exclamaba enternecido: “¡Tuditus á su abuelo!”

VII

Conclusión.

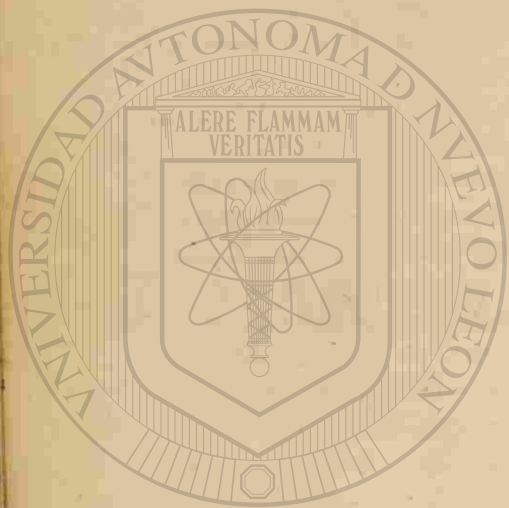
Cuando el antiguo ayudante del General Victoria acabó de hablar, rayaban las primeras luces del alba. Las personas que constituían el auditorio del último narrador, profundamente dormidas, solo despertaron al cesar el monótono rumor de la voz del viejo. Convencidos todos de que no se les proporcionaría otro vehículo, emprendieron á pié y con la fresca el camino de Puebla, adonde llegaron, cansados y mohinos, en la tarde.

Quisieron, por medio del procurador, y á instigación suya, demandar al dueño del coche por daños y perjuicios; pero, habiendo ofrecido el segundo mejores gajes al primero, cambió de blanco el látigo, y fueron acusados, el militar de haber quemado los restos del carruaje y golpeado al cochero, y el farmacéutico y el almonedero de no haber tratado de impedir tales desmanes; en cuya culpa de omisión no resultaba cómplice

el procurador, por impedirle el espíritu de su profesion —decía él mismo— todo acto de fuerza no decretado en autos.

El militar y sus dos compañeros de acusacion, viéndose mal parados, tuvieron á bien salirse furtivamente de la ciudad; y, demandado á su turno el dueño del coche por el procurador, para el pago de honorarios, vióse en la necesidad de vender las mulas y de adjudicarle su producto, por vía de transaccion amistosa y equitativa.

¡El Licenciado Retortillo conocía bien á Rascon!

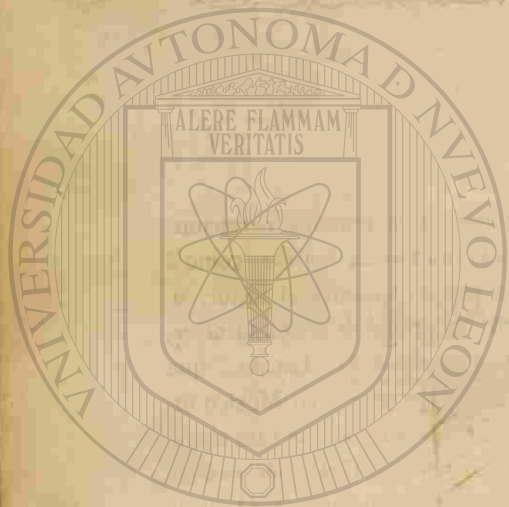


LANCHITAS
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS



EL título puesto á la presente narracion, no es el diminutivo de *lanchas*, como á primera vista ha podido figurarse el lector; sino—por más que de pronto se le resista creerlo— el diminutivo del apellido “Lanzas,” que á principios de este siglo llevaba en México un sacerdote muy conocido en casi todos los círculos de nuestra sociedad. Nombrábasele con tal derivado, no sabemos si simplemente en señal de cariño y confianza, ó si tambien en parte por lo pequeño de su estatura; mas sea que militaran entrambas causas juntas, ó aislada alguna de ellas, casi seguro es que las dominaba la sencillez pueril del personaje, á quien, por su carácter, se aplicaba generalmente la frase vulgar de “no ha perdido la gracia del bautismo.” Y, como por algun defecto de la organizacion de su lengua, daba á la *l* y á la *c*, en ciertos casos,

el sonido de la *ch*, convinieron sus amigos y conocidos en llamarle "Lanchitas," á ciencia y paciencia suya; exponiéndose de allí á poco los que quisieran designarle con su verdadero nombre, á malgastar tiempo y saliva.

¿Quién no ha oído alguno de tantos cuentos, más ó menos salados, en que Lanchitas funge de protagonista, y que la tradicion oral va transmitiendo á la nueva generacion? Algunos me hicieron reir más de veinte años há, cuando acaso aún vivía el personaje; sin que las preocupaciones y agitaciones de mi malhadada carrera de periodista me dejaran tiempo ni humor de procurar su conocimiento. Hoy, que, por dicha, no tengo que ilustrar ó rectificar ó lisonjear la opinion pública, y que por desdicha voy envejeciendo á grandes pasos, qué de veces al seguir en el humo de mi cigarro, en el silencio de mi alcoba, el curso de las ideas y de los sucesos que me visitaron en la juventud, se me ha presentado en la especie de linterna mágica de la imaginacion, Lanchitas, tal como me le describieron sus coetáneos, limpio, manso y sencillo de corazon, envuelto en sus hábitos clericales, avanzando por esas calles de Dios con la cabeza siempre descubierta y los ojos en el suelo: no dejando asomar

en sus pláticas y exhortaciones la erudicion de Fenèlon ni la elocuencia de Bossuet; pero pronto á todas horas del dia y de la noche á socorrer una necesidad, á prodigar los auxilios de su ministerio á los moribundos, y á enjugar las lágrimas de la viuda y el huérfano; y en materia de humildad, sin término de comparacion, pues no le hay ciertamente para la humildad de Lanchitas!

Y, sin embargo, me dicen que no siempre fué así; que si no recibió del cielo un talento de primer orden ni una voluntad firme y altiva, era hombre medianamente resuelto y despejado, y por demás estudioso é investigador. En una época en que la fe y el culto católico no se hallaban á discusion en estas comarcas, y en que el ejercicio del sacerdocio era relativamente fácil y tranquilo, bastaban la pureza de costumbres, la observancia de la disciplina eclesiástica, el ordinario conocimiento de las ciencias sagradas y morales, y un juicio recto, para captarse el aprecio del clero y el respeto y la estimacion de la sociedad. Pero Lanzas, ávido de saber, no se había dado por satisfecho con la instruccion seminarista; y en los ratos que el desempeño de sus obligaciones de capellan le dejaba libres, profundizaba

las investigaciones teológicas, y, con autorización de sus preladados, seguía curiosamente las controversias entabladas en Europa, entre adversarios y defensores del catolicismo; no siéndole extrañas ni las burlas de Voltaire, ni las aberraciones de Rousseau, ni las abstracciones de Spinoza; ni las refutaciones victoriosas que provocaron en su tiempo. Quizá hasta se haya dedicado al estudio de las ciencias naturales después de ejercitarse en el de las lenguas antiguas y modernas, todo en el límite que la escasez de maestros y de libros permitía aquí á principios del siglo. Y este hombre, superior en conocimientos á la mayor parte de los clérigos de su tiempo, consultado á veces por obispos y oidores, y considerado, acaso, como un pozo de ciencia por el vulgo, cierra ó quema repentinamente sus libros; responde á las consultas con la risa de la infancia ó del idiotismo; no vuelve á cubrirse la cabeza ni á levantar del suelo sus ojos, y se convierte en personaje de broma para los chicos y los desocupados! Por rara y peregrina que haya sido la transformación, fué real y efectiva; y hé aquí cómo, del respetable Lanzas, resultó Lanchitas, el pobre clérigo que se me aparece entre las nubes de humo de mi cigarro.

No há muchos meses, pedía yo noticias de él á una persona ilustrada y formal, que le trató con cierta intimidad; y, como acababa de figurar en nuestra conversacion el tema del espiritismo, hoy en boga, mi interlocutor me tomó del brazo y, sacándome de la reunion de amigos en que estábamos, me refirió una anécdota más rara todavía que la transformación de Lanchitas, y que acaso la explique. Para dejar consignada tal anécdota, trazo estas líneas, sin meterme á calificarla. Al cabo, si es absurda, vivimos bajo el pleno reinado de lo absurdo.

No recuerdo el día, el mes, ni el año del suceso, ni si mi interlocutor los señaló; solo entiendo que se refería á la época de 1820 á 30; y en lo que no me cabe duda es en que se trataba del principio de una noche oscura, fria y lluviosa, como suelen serlo las de invierno. El Padre Lanzas tenía ajustada una partida de malilla ó tresillo con algunos amigos suyos, por el rumbo de Santa Catalina Mártir; y, terminados sus quehaceres del día, iba del centro de la ciudad á reunirseles esa noche, cuando, á corta distancia de la casa en que tenía lugar la modesta tertulia, alcanzóle una mujer del pueblo, ya en-

trada en años y miserablemente vestida, quien, besándole la mano, le dijo:

—Padrecito! ¡Una confesion! Por amor de Dios, véngase conmigo Su Merced, pues el caso no admite espera.

Trató de informarse el Padre de si se había ó nó acudido préviamente á la parroquia respectiva en solicitud de los auxilios espirituales que se le pedían; pero la mujer, con frase breve y enérgica, le contestó que el interesado pretendía que él precisamente le confesara, y que si se malograba el momento, pesaría sobre la conciencia del sacerdote; á lo cual éste no dió más respuesta que echar á andar detrás de la vieja.

Recorrieron en toda su longitud una calle de Poniente á Oriente, mal alumbrada y fangosa, yendo á salir cerca del Apartado, y de allí tomaron hácia el Norte, hasta torcer á mano derecha y detenerse en una miserable accesoria del callejon del Padre Lecuona. La puerta del cuartucho estaba nada más entornada, y empujándola simplemente la mujer, penetró en la habitacion, llevando al Padre Lanzas de una de las extremidades del manteo. En el rincon más amplio y sobre una estera sucia y medio desbaratada, estaba el paciente, cubierto con una frazada; á

corta distancia, una vela de sebo puesta sobre un jarro boca abajo en el suelo, daba su escasa luz á toda la pieza, enteramente desamueblada y con las paredes llenas de telarañas. Por terrible que sea el cuadro más acabado de la indigencia, no daría idea del dismantelamiento, desaseo y lobreguez de tal habitacion, en que la voz humana parecía apagarse ántes de sonar, y cuyo piso de tierra exhalaba el hedor especial de los sitios que carecen de la menor ventilacion.

Cuando el Padre, tomando la vela, se acercó al paciente y levantó con suavidad la frazada que le ocultaba por completo, descubrióse una cabeza huesosa y enjuta, amarrada con un pañuelo amarillento y á trechos roto. Los ojos del hombre estaban cerrados y notablemente hundidos, y la piel de su rostro y de sus manos, cruzadas sobre el pecho, aparentaba la sequedad y rigidez de la de las momias.

—Pero este hombre está muerto! exclamó el Padre Lanzas dirigiéndose á la vieja.

—Se va á confesar, Padrecito, respondió la mujer, quitándole la vela, que fué á poner en el rincon más distante de la pieza, quedando casi á oscuras el resto de ella; y al mismo tiempo el hombre, como si quisiera demostrar la ver-

dad de las palabras de la mujer, se incorporó en su petate, y comenzó á recitar en voz cavernosa, pero suficientemente inteligible, el *Confiteor Deo*.

Tengo que abrir aquí un paréntesis á mi narracion, pues el digno sacerdote jamás á alma nacida refirió la extraña y probablemente horrible confesion que aquella noche le hicieron. De algunas alusiones y medias palabras suyas se infiere que al comenzar su relato el penitente, se refería á fechas tan remotas, que el Padre, creyéndole difuso ó divagado, y comprendiendo que no había tiempo que perder, le excitó á concretarse á lo que importaba; que á poco entendió que aquél se daba por muerto de muchos años atrás, en circunstancias violentas que no le habían permitido descargar su conciencia como había acostumbrado pedirlo diariamente á Dios, aún en el olvido casi total de sus deberes y en el seno de los vicios, y quizá hasta del crimen; y que por permision divina lo hacía en aquel momento, viniendo de la eternidad para volver á ella inmediatamente. Acostumbrado Lanzas, en el largo ejercicio de su ministerio, á los delirios y extravagancias de los febricitantes y de los locos, no hizo mayor aprecio de tales declaraciones, juzgándolas efecto del extravío anormal

ó inveterado de la razon del enfermo; contentándose con exhortarle al arrepentimiento y explicarle lo grave del trance á que estaba orillado, y con absolverle bajo las condiciones necesarias, supuesta la perturbacion mental de que le consideraba dominado. Al pronunciar las últimas palabras del rezo, notó que el hombre había vuelto á acostarse; que la vieja no estaba ya en el cuarto, y que la vela, á punto de consumirse por completo, despedía sus últimas luces. Llegando él á la puerta, que permanecía entornada, quedó la pieza en profunda oscuridad; y, aunque al salir atrajo con suavidad la hoja entreabierta, cerróse ésta de firme, como si de adentro la hubieran empujado. El Padre, que contaba con hallar á la mujer de la parte de afuera, y con recomendarle el cuidado del moribundo y que volviera á llamarle á él mismo, aún á deshora, si advertía que recobraba aquél la razon, desconcertóse al no verla; esperóla en vano durante algunos minutos; quiso volver á entrar en la accesoria, sin conseguirlo, por haber quedado cerrada, como de firme, la puerta; y, apretando en la calle la oscuridad y la lluvia, decidióse, al fin, á alejarse, proponiéndose efectuar, al siguiente dia muy temprano, nueva visita.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

Sus compañeros de malilla ó tresillo le recibieron amistosa y cordialmente, aunque no sin reprocharle su tardanza. La hora de la cita había, en efecto, pasado ya con mucho, y Lanzas, sabiéndolo ó sospechándolo, había venido aprisa y estaba sudando. Echó mano al bolsillo en busca del pañuelo para limpiarse la frente, y no le halló. No se trataba de un pañuelo cualquiera, sino de la obra acabadísima de alguna de sus hijas espirituales más consideradas de él; finísima batista con las iniciales del Padre primorosamente bordadas en blanco, entre laureles y trinitarias de gusto más ó menos monjil. Prevalido de su confianza en la casa, llamó al criado, le dió las señas de la accesoria en que seguramente había dejado el pañuelo, y le despachó en su busca, satisfecho de que se le presentara así ocasion de tener nuevas noticias del enfermo, y de aplacar la inquietud en que él mismo había quedado á su respecto. Y con la fruición que produce en una noche fria y lluviosa, llegar de la calle á una pieza abrigada y bien alumbrada, y hallarse en amistosa compañía cerca de una mesa espaciosa, á punto de comenzar el juego que por espacio de más de veinte años nos ha entretenido una ó dos horas cada noche, repañ-

tigóse nuestro Lanzas en uno de esos sillones de vaqueta que se hallaban frecuentemente en las celdas de los monjes, y que yo prefiero al más pulido asiento de brocatel ó terciopelo; y encendiendo un buen cigarro habano, y arrojando bocanadas de humo aromático, al colocar sus cartas en la mano izquierda en forma de abanico, y como si no hiciera más que continuar en voz alta el hilo de sus reflexiones relativas al penitente á quien acababa de oír, dijo á sus compañeros de tresillo:

—¿Han leído Ustedes la comedia de Don Pedro Calderon de la Barca, intitulada “La Devocion de la Cruz?”

Alguno de los comensales la conocía, y recordó al vuelo las principales peripecias del galán noble y valiente, al par que corrompido, especie de Tenorio de su época, que, muerto á hierro, obtiene por efecto de su constante devocion á la sagrada insignia del cristiano, el raro privilegio de confesarse momentos ú horas después de haber cesado de vivir. Recordado lo cual, Lanzas prosiguió diciendo, en tono entre grave y festivo:

—No se puede negar que el pensamiento del drama de Calderon es altamente religioso, no

obstante que algunas de sus escenas causarían positivo escándalo hasta en los tristes días que alcanzamos. Mas, para que se vea que las obras de imaginación suelen causar daño efectivo aún con lo poco de bueno que contengan, les diré que acabo de confesar á un infeliz, que no pasó de artesano en sus buenos tiempos; que apenas sabía leer; y que, indudablemente, había leído ó visto "La Devoción de la Cruz," puesto que, en las divagaciones de su razón, creía reproducido en sí mismo el milagro del drama. . . .

—¿Cómo? ¿Cómo? exclamaron los comensales de Lanzas, mostrando repentino interés.

—Como Ustedes lo oyen, amigos míos. Uno de los mayores obstáculos con que, en los tiempos de ilustración que corren, se tropieza en el confesonario, es el deplorable efecto de las lecturas, aún de aquellas que á primera vista no es posible calificar de nocivas. No pocas veces me he encontrado, bajo la piel de beatas compungidas y feas, con animosas Casandras y tiernas y remilgadas Atalas; algunos Delincuentes Honrados, á la manera del de Jovellanos, han recibido de mi mano la absolución; y en el carácter de muchos hombres sesudos, he advertido fuertes conatos de imitación de las fechorías

del "Periquillo" de Lizardi. Pero ninguno tan preocupado ni porfiado como mi último penitente; loco, loco de remate. ¡Lástima de alma, que á vueltas de un verdadero arrepentimiento, se está en sus trece de que hace quién sabe cuántos años dejó el mundo, y que por altos juicios de Dios. . . . ¡Vamos! ¡Lo del protagonista del drama consabido! Juego. . . .

En estos momentos se presentó el criado de la casa, diciendo al Padre que en vano había llamado durante media hora á la puerta de la accesoria; habiéndose acercado, al fin, el sereno, á avisarle caritativamente que la tal pieza y las contiguas, llevaban mucho tiempo de estar vacías, lo cual le constaba perfectamente, por razón de su oficio y de vivir en la misma calle.

Con extrañeza oyó esto el Padre; y los comensales que, según he dicho, habían ya tomado interés en su aventura, dirigiéronle nuevas preguntas, mirándose unos á otros. Daba la casualidad de hallarse entre ellos nada menos que el dueño de las accesorias, quien declaró que, efectivamente, así éstas como la casa toda á que pertenecían, llevaban cuatro años de vacías y cerradas, á consecuencia de estar pendiente en los tribunales un pleito en que se le disputaba

la propiedad de la finca, y no haber querido él, entretanto, hacer las reparaciones indispensables para arrendarla. Indudablemente Lanzas se había equivocado respecto de la localidad por él visitada, y cuyas señas, sin embargo, correspondían con toda exactitud á la finca cerrada y en pleito; á ménos que, á excusas del propietario, se hubiera cometido el abuso de abrir y ocupar la accesoria, defraudándole su renta. Interesados igualmente, aunque por motivos diversos, el dueño de la casa y el Padre en salir de dudas, convinieron esa noche en reunirse á otro día temprano para ir juntos á reconocer la accesoria.

Aún no eran las ocho de la mañana siguiente, cuando llegaron á su puerta, no solo bien cerrada, sino mostrando entre las hojas y el marco, y en el ojo de la llave, telarañas y polvo que daban la seguridad material de no haber sido abierta en algunos años. El propietario llamó sobre esto la atención del Padre, quien retrocedió hasta el principio del callejón, volviendo á recorrer cuidadosamente, y guiándose por sus recuerdos de la noche anterior, la distancia que mediaba desde la esquina hasta el cuartucho, á cuya puerta se detuvo nuevamente, ase-

gurando con toda formalidad ser la misma por donde había entrado á confesar al enfermo, á ménos que, como éste, no hubiera perdido el juicio. A creerlo así se iba inclinando el propietario, al ver la inquietud y hasta la angustia con que Lanzas examinaba la puerta y la calle, ratificándose en sus afirmaciones y suplicándole hiciese abrir la accesoria á fin de registrarla por dentro.

Llevaron allí un manajo de llaves viejas, tomadas de orin, y probando algunas, despues de haber sido necesario desembarazar de tierra y telarañas, por medio de clavo ó estaca, el agujero de la cerradura, se abrió al fin la puerta, saliendo por ella el aire malsano y apestoso á humedad que Lanzas había aspirado allí la noche anterior. Penetraron en el cuarto nuestro clérigo y el dueño de la finca, y á pesar de su oscuridad, pudieron notar desde luego, que estaba enteramente deshabitado y sin mueble ni rastro alguno de inquilinos. Disponíase el dueño á salir, invitando á Lanzas á seguirle ó precederle, cuando éste, renuente á convencerse de que había simplemente soñado lo de la confesion, se dirigió al ángulo del cuarto en que recordaba haber estado el enfermo, y halló en el suelo

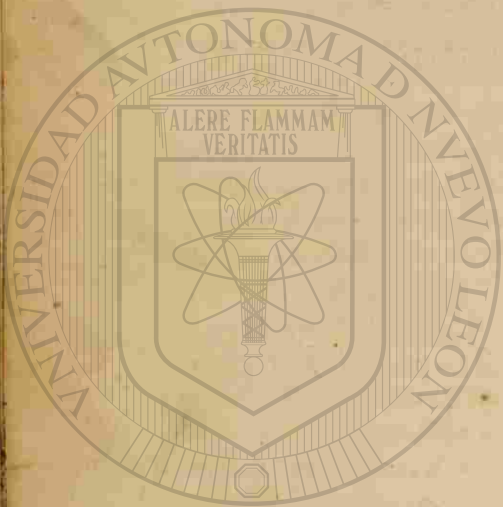
y cerca del rincón su pañuelo, que la escasísima luz de la pieza no le había dejado ver ántes. Recogióle con profunda ansiedad, y corrió hácia la puerta para examinarle á toda la claridad del día. Era el suyo, y las marcas bordadas no le dejaban duda alguna. Inundados en sudor su semblante y sus manos, clavó en el propietario de la finca los ojos, que el terror parecía hacer salir de sus órbitas; se guardó el pañuelo en el bolsillo, descubrióse la cabeza, y salió á la calle con el sombrero en la mano, delante del propietario, quien, después de haber cerrado la puerta y entregado á su dependiente el manojito de llaves, echó á andar al lado del Padre, preguntándole con cierta impaciencia:

—Pero ¿y cómo se explica Usted lo acaecido?

Lanzas le vió con señales de extrañeza, como si no hubiera comprendido la pregunta; y siguió caminando con la cabeza descubierta á sombra y á sol, y no se la volvió á cubrir desde aquél punto. Cuando álguien le interrogaba sobre semejante rareza, contestaba con risa como de idiota, y llevándose la diestra al bolsillo, para cerciorarse de que tenía consigo el pañuelo. Con infatigable constancia siguió desempeñando las tareas más modestas del ministerio sacerdotal,

dando señalada preferencia á las que más en contacto le ponían con los pobres y los niños, á quienes mucho se asemejaba en sus conversaciones y en sus gustos. ¿Tenía, acaso, presente el pasaje de la Sagrada Escritura relativo á los párvulos? Jamás se le vió volver á dar el menor indicio de enojo ó de impaciencia; y si en las calles era casual ó intencionalmente atropellado ó vejado, continuaba su camino con la vista en el suelo y moviendo sus labios como si orara. Así le suelo contemplar todavía en el silencio de mi alcoba, entre las nubes de humo de mi cigarro; y me pregunto, si á los ojos de Dios no era Lanchitas más sabio que Lanzas, y si los que nos réimos con la narración de sus excentricidades y simplezas, no estamos, en realidad, más trascordados que el pobre clérigo.

Diré, por vía de apéndice, que poco después de su muerte, al reconstruir alguna de las casas del callejón del Padre Lecuona, extrajeron del muro más grueso de una pieza, que ignoro si sería la consabida accesorio, el esqueleto de un hombre que parecía haber sido emparedado allí mucho tiempo ántes, y á cuyo esqueleto se dió sepultura con las debidas formalidades.



INDICE.

EL REY Y EL BUFON.....	pág. 5
NOCHE AL RASO.	
I.—Introduccion.....	„ 27
II.—El Crucifijo milagroso.....	„ 36
III.—La docena de sillas para igualar.....	„ 45
IV.—El Cuadro de Murillo.....	„ 56
V.—El Hombre del caballo rucio.....	„ 75
VI.—A dos dedos del abismo.....	„ 92
VII.—Conclusion.....	„ 128
LANCHITAS.....	„ 131

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NEW
V
OTEC